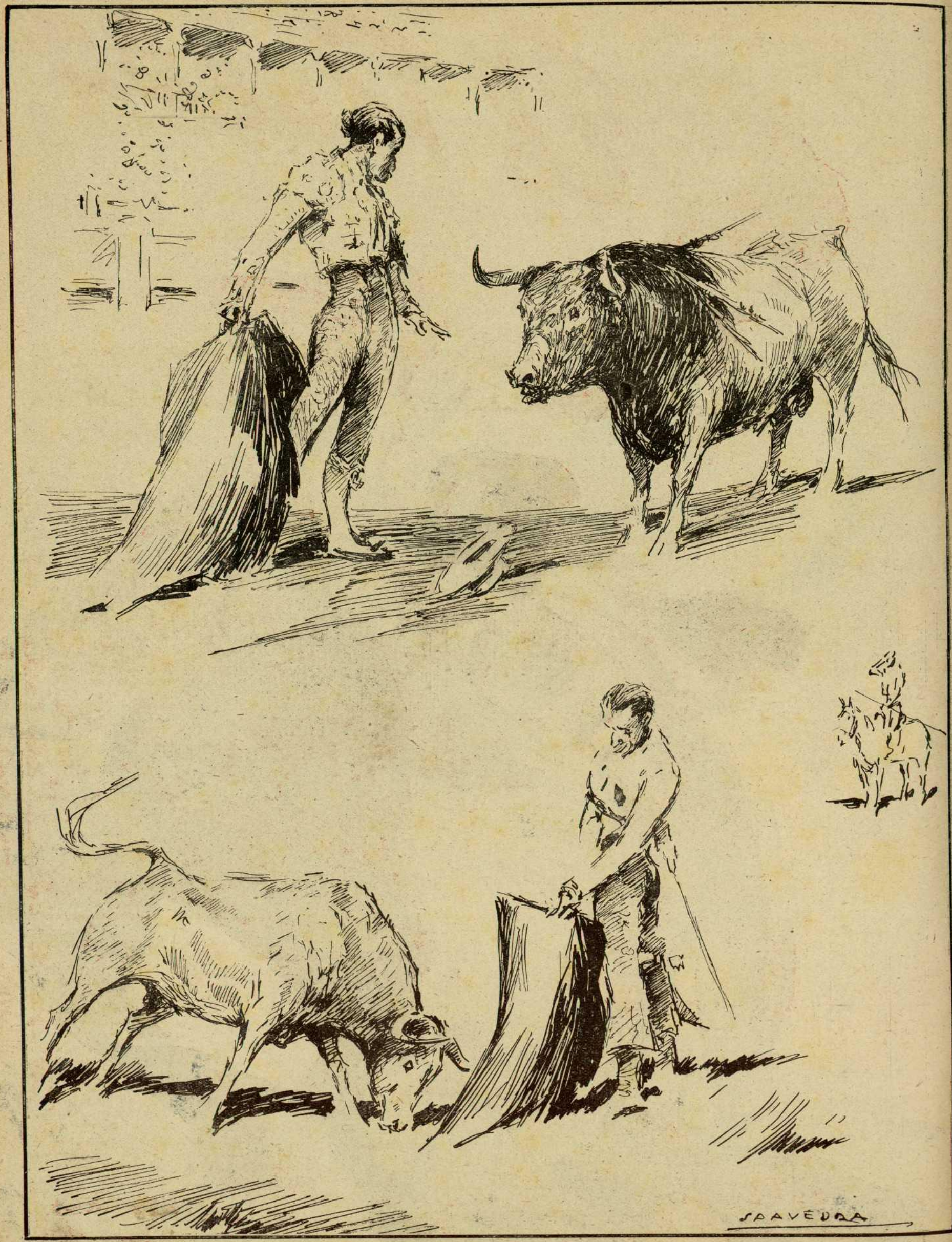
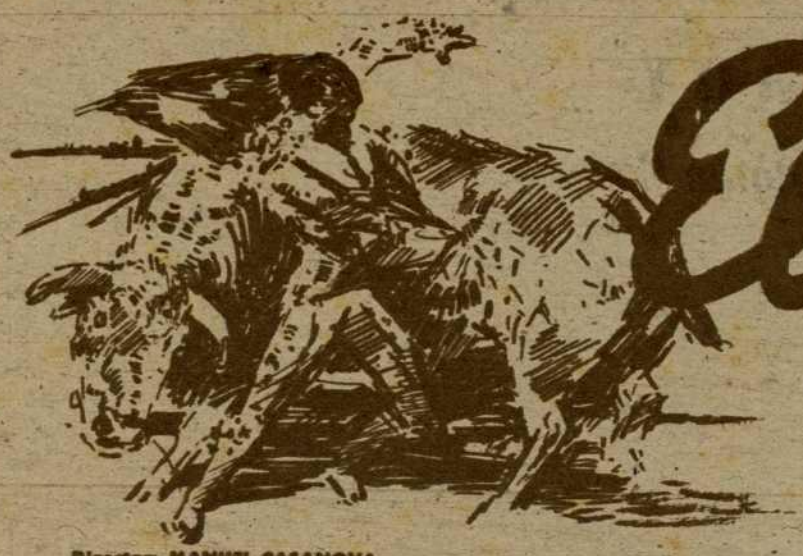
El Ruedo



Belmonte en la Plaza y en el campo



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán-González, 28.—Teléfs. 265091-265092

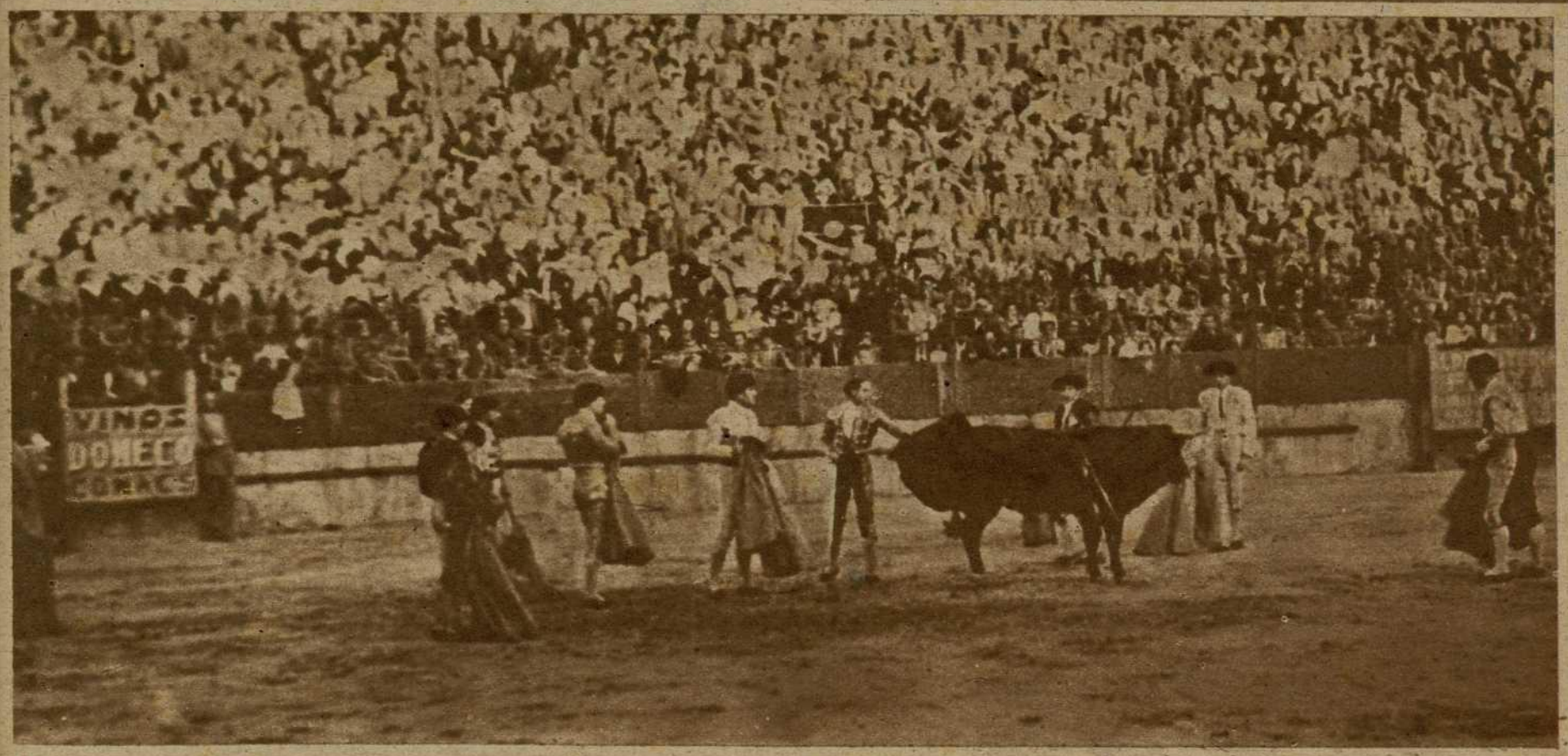
Administración: Alfonso XII, 26.—Telef. 214460

Director: MANUEL CASANOVA

Año IV - Madrid, 25 de diciembre de 1947 - N.º 183

CADA SEMANA

Cuando el toro no cae "a la primera"



LA fotografía —obtenida en este año de 1947, que está a punto de «doblar» como el toro de la foto— recoge la presencia de siete toreros y el matador, ayudando a la res a «bien morir». La crónica de hace algunos años hubiera hablado de «coro de enterradores». En la actualidad, probablemente, no se le da a la escena esa denominación específica, porque la escena es más frecuente. No son ahora demasiados los toros que caen «a la primera» y es necesario ese auxilio de los subalternos —probablemente no tantos—, unas veces para «marearlos» y otras para lograr que humillen y facilitar así el descabello.

Mas habrá que convenir en que a esto de que los toros caigan o no a la primera no se le concede hoy demasiada importancia. Si ocurre, evidentemente, el éxito es mayor, y para el matador afortunado ya empieza la ovación desde el momento en que recobra el estoque y agitándolo, y la muleta en lo alto, camina de esa forma espectacular hacia la barrera. Pero, no obstante que sigue llamándosele a la de matar la suerte suprema, no es la esencial ni la decisiva en el triunfo. En la misma Plaza de Toros de Madrid se dió este año el caso de que se le negara a un torero la oreja de un toro al que había toreado muy bien y matado a la primera, sencillamente porque la faena de muleta había sido «muy corta». Esto es, que lo interesante no es que el torero considerase que ya hizo lo bastante para preparar el toro a la muerte —fundamento, en definitiva, de la lidia—, sino que había toreado poco. Con lo que la consecuencia que se deriva es que lo que a los públicos gusta más, o a una mayoría del público, por lo menos, es que se polonguen y se saboreen las faenas de muleta.

El hecho, sin otras filosofías, es ése. No sabemos si en la antigüedad el público reaccionaba en forma distinta; pero de lo que no hemos alcanzado a ver nos queda la duda, porque lo cierto es que los grandes estoqueadores, que, por lo general, han sido toreros torpes, no han solido ser las grandes figuras que han «mandado» en el toreo. ¿Que es emocionante y gallarda la suerte de matar, y que, cuando se realiza bien, deja un sabor duradero? No hay duda. Es lo más varonil, lo más «verdad» del toreo, lo que da mejor sensación de dominio, de guapeza. Pero acaso, como se practica poco, los espectadores de esta hora no quieren confiar su ilusión única a este momento de la lidia. Y prefieren ver torear, y hasta disculpan los yerros con el estoque, con tal de que el matador no se ponga excesivamente pesado...

Es más: cuando un público está entusiasmado con la labor de un buen muletero, lo que lamenta sinceramente es que no acierte a la primera. Si pincha más de la cuenta, es frecuente escuchar una queja unánime: «¡Qué lástima!» Y si vuelve a pinchar, aparece como una gran contrariedad del propio público: «¡Ya ha perdido la oreja!» No como censura, sino como sentimiento.

Y al revés. Toros muy bien matados, aunque el torero entrase dos o tres veces —porque en muchas vale más la buena ejecución que el acierto, lleno de azares—, no han merecido consideraciones mayores para su matador. Como no fué precedida la muerte de una gran faena de muleta, el público se ha quedado «frío». Tal es la situación frente a la suerte suprema. No pretendemos adoctrinar, sino comentar. Y la realidad es ésta. No recordamos exactamente el episodio a que se refiere esta foto. Pero ¿quién sabe si, al lidiar el torero bien, aun con ese entierro «de primera», con siete subalternos y un matador, le concedieron a éste las dos orejas y el rabo?...

C.

AYER Y HOY

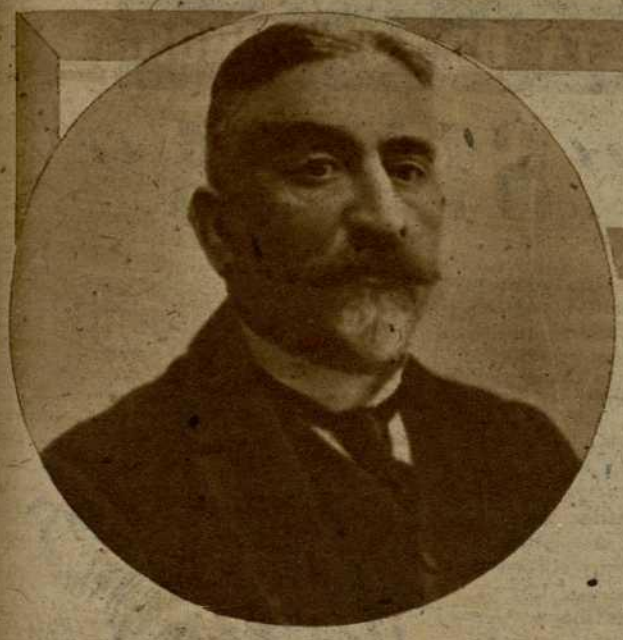
NOCHEBUENA, por Antonio Casero

... Miá que me lo decía la Paca... ¡Que no te vengas a casa sin un pavo!... ¡¡Y se va a salir con la suya!!...

ANTONIO CASERO

GANADEROS DE ANTAÑO

DON BERNABE COBALEDA



Don Bernabé Cobaleda

CIERTA madrugada del mes de agosto de 1908 observóse en el campo navarro de Las Bárdenas desusado movimiento y estridente algarabía.

El eco de galopadas, de gritos y silbidos, de restallar de hondas, de cencerros y campanillas, resonó por el fértil terreno de la ribera del Ebro, llegando un tanto amortiguado hasta las inmediaciones de Tudela.

Empezaba a clarear, y la antigua y famosa ganadería brava de Carriquiri, agrupada en considerable piara, disponíase a emprender la marcha, por jornadas, hacia las pintorescas dehesas castellanas que en Salamanca poseía el rico propietario y entusiasta aficionado a la fiesta de toros, don Bernabé Cobaleda.

El caballo del hatero, en cabeza, transportaba en amplios serones los calderos y utensilios para condimentar las comidas durante el largo viaje, así como provisiones de boca y ropas del personal. Seguíale el conocedor, con la vara al hombro, marchando al costado del caballo los bueyes de estribo: apelotonábanse detrás las demás reses y cabestros, cerrando la conducción otros vaqueros, también a caballo y provistos de garrochas.

A campo través, por montes, veredas, cañadas y rastrojeras, la conducción caminó cerca de mes y medio. Y un buen día, los toritos navarros, camineros y aspeados, durmieron ya definitivamente en la llana tierra salmantina, bajo los seculares encinas de Campocerrado.

Don Bernabé Cobaleda, ganadero y señor a la antigua usanza, tuvo el buen gusto de adquirir de los herederos del conde de Espoz y Mina una de las ganaderías de más renombre y abolengo. Una vacada famosa, cuyas reses venían compitiendo durante dos siglos con las mejores de Andalucía y Castilla. Porque la sangre y bravura de estos animales eran mucha, engañando a veces, por su reducido tamaño, como acertadamente lo consignó un tratadista del siglo XVIII, al escribir «que los picadores que sin experiencia los ven tan menudos, les llaman torillos de Navarra: pero que después, con el escarmiento, les llaman señores toros». Y efectivamente, «señores toros» eran los «carriquiris», por su coraje, su acometividad, su ligereza, su sentido y su poder. Toros bravos, pegajosos, elásticos, finos y certeros, que, a pesar de la escasa talla, proporcionaban grandes batacazos a los picadores, peleaban fieramente en todos los tercios y traían en jaque a las más empingorotadas coletas: toros con ardiente sangre, como «Llavero», lidiado en Zaragoza el 14 de octubre de 1860, que tomó 50 varas sin volver la cara, y por lo cual le fué perdonada la vida: como «Famoso», jugado en Barcelona el 30 de mayo de 1878, que tomó 31 varas, matando diez caballos: como «Provinciano», lidiado en Barcelona el 24 de junio de 1880, uno de los más bravos, duros y nobles que se recuerdan, pues tomó 20 varas, derribó con estrépito en doce ocasiones y dejó en la arena nueve pencos: como otro «Llavero», corrido en Pamplona el 7 de julio de 1900, que recibió siete varas, proporcionó siete caídas y mató siete caballos: o como «Albardero», lidiado también en Pamplona el día de San Fermín del año 1902, que tomó 14 puyazos, derribó ocho veces, mató otros tantos caballos, cogió a «Conejito», conmocionó al picador «Onofre» e hirió gravemente en el cuello al banderillero «Cuco»: toros, en fin, que hicieron exclamar al Guerra, en una corrida, mano a mano con «Minuto» y dirigiéndose a éste: «¡Compare: cómo pican los chicharros de Carriquiri!»

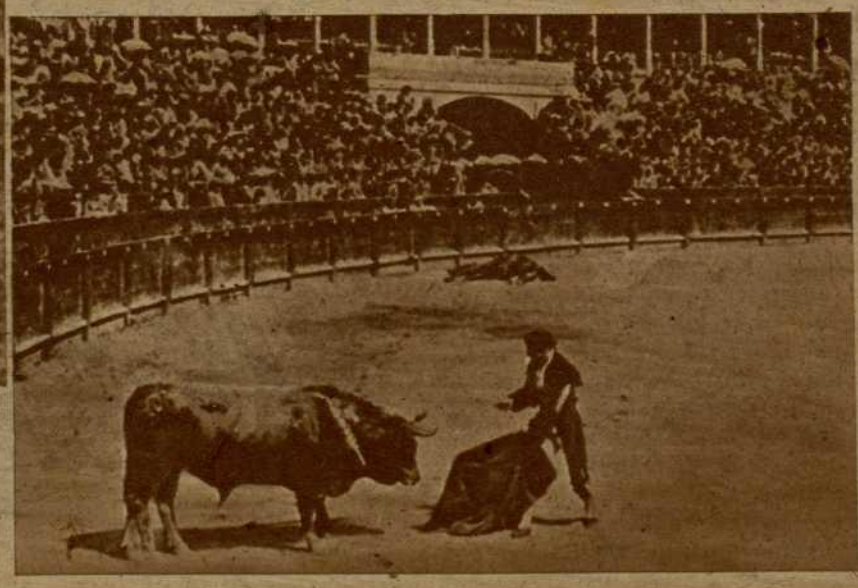
Navarra se distinguió, entre otras cosas, por la crianza del toro de lidia. Desde tiempo inmemorial, y en los finos pastos de sus Bárdenas —Bárdenas Reales, Bárdena de Caseda, Bárdena Blanca, etc.—, en términos de Tudela, Arguedas, Valtierra, Funes, Peralta, Caparroso..., vivieron y se desarrollaron un montón de ganaderías bravas. Nombres como Guendulain, Concepción Jiménez de Tejada, Zalduendo, Carriquiri, Alcaiza, Espoz y Mina, Lisaso, Pérez Laborda, Elorz, Goya, Díaz y muchos más, lograron celebridad por la bravura de sus toros. Y en terrenos de las riberas del Ebro, próximos a Murillo de las Limas, comenzó a formarse por la casa Lecumberri una ganadería brava, que más tarde pasó a poder del también vecino de Tudela don Francisco Javier Guendulain, el que mejoró la casta y aumentó el número de reses, hasta llegar a poseer más de 700 vacas de vientre. Por primera vez a nombre de este señor, y con divisa verde, se jugaron toros en Madrid, en la corrida del 7 de julio de 1794, llamando la atención por su pequeña alzada, largo pelaje, retinto oscuro y extremada bravura. Posteriormente heredó la vacada de don Tadeo Guendulain, lidiando toros en Madrid el 7 de octubre de 1849, quien al siguiente año la vendió a don Nazario Carriquiri.

En poder de don Nazario —unido en sociedad con el conde de Espoz y Mina—, los toros de esta ganadería conquistaron fama y aureola extraordinarias. Los «carriquiris» —como la gente hubo de llamarlos y con cuyo nombre pasaron a la historia— mejoraron en manos de don Nazario merced al cruzamiento de las vacas con sementales andaluces, entre ellos con dos de Picavea de Lesaca, procedentes de Vistahermosa, saliendo de esta mezcla de sangres reses de más alzada y mejor estampa, pero sin perder la legendaria bravura de la casta navarra.

Don Nazario Carriquiri adoptó la marca de dos eses cruzadas y la divisa encarnada y verde —actualmente conservadas por don Juan Cobaleda—, que hubieron de lucir los toros lidiados en Madrid, por vez primera a su nombre, el día 10 de julio de 1864. En 1883, el señor Carriquiri cedió su parte en la ganadería al conde de Espoz y Mina por la cantidad de 40.000 duros, y a nombre de dicho título se anunciaron por vez primera en Madrid los toros corridos el 18 de junio de 1885. Al fallecimiento del conde pasó la vacada a sus herederos, de quienes, como dejamos indicado al principio de este artículo, la adquirió en 1908 don Bernabé Cobaleda, trasladándola a Salamanca. Y en las magníficas dehesas de Campocerrado, Martihernando, Sepúlveda de Yeltes y Aguila, bajo la tutelar mirada y la extremada atención del escrupuloso criador que fué don Bernabé —cuyo debut en Madrid correspondió al 4 de julio de 1909—, se desenvolvieron los célebres «carriquiris». En 1925 cruzó el señor Cobaleda las vacas navarras con sementales del conde de la Corte, y al fallecimiento de don Bernabé, ocurrido en enero de 1928, pasó la ganadería a su hijo don Juan y a su hijo político don Atanasio Fernández, los que eliminaron totalmente la brava sangre navarra sustituyéndola por la pura de Vistahermosa, rama ibarreña. Y así terminó la antiquísima casta de los afamados toros de Carriquiri.

AREVA

El toro «Albardero» (x), citado en este artículo, con los demás bichos de Espoz y Mina, en los desaparecidos corrales de «El Sario», a las afueras de Pamplona



«Reverte», tratando de apuntillar a un «carriquiri» en la mañana del 9 de julio de 1897, en Pamplona (corrida de prueba). El toro cogió dos veces al espada, rompiéndole la chaquetilla por el brazo izquierdo y la taleguilla por la parte interna de la pierna derecha, como puede apreciarse

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

EL tema de los toros en el cine constituye, sin duda, una preocupación de productores y directores españoles. En el último número de EL RUEDO, Hernández Castañedo recogía con sagacidad periodística algunas autorizadas opiniones sobre la materia. Se trata de inquirir —según creo— si nuestra Fiesta y peculiar ambiente reúnen las condiciones necesarias para argumentar películas y si éstas pueden dar lugar a la "españolada" o resultarían ya por sí "españoladas".

Adriano del Valle rompe valerosamente una lanza a favor de la "españolada", porque al igual que Fernández Barreira, que opina en la misma encuesta, la estima en su aceptación directa y simple, no en la de caricatura de una costumbre española. Si nuestras costumbres son buenas, si tienen interés, fuerza dramática o gracia, si son, además, expresión de nuestras características raciales, y de ellas estamos satisfechos y hasta orgullosos, no hay por qué avergonzarse. Se pueden y se deben hacer películas cuyos argumentos estén centrados en el tema taurino.

Otros opinantes, como el magnífico director Rafael Gil, sostienen que se pueden hacer las películas de toros sin caer en la "españolada", porque, sin duda, tienen de esta palabra el concepto caricaturesco que nuestros detractores le aplicaron para nuestro desprestigio.

Desde luego, todos coinciden en la necesidad o en la conveniencia de llevar al cine el tema taurino, y el premio ofrecido para los mejores guiones sobre la materia es posible que determine una buena producción, entre la que no resulte difícil espigar algunos que cumplan su cometido.

A Rafael Gil le he oído más de una vez expresarse sobre la materia entusiasta y temeroso. Entusiasta, porque él es gran aficionado a los toros, y temeroso porque, consciente de su responsabilidad como director de cine, se multiplican sus escrúpulos ante el posible peligro de poner en ridículo no ya un tema para él entrañablemente querido, sino a la propia España. Pero estos son, en realidad, nuevos escrúpulos del gran director.

Lo que hay que hacer resueltamente son películas de toros, sin esperar que la primera que se lance, después de los primeros y ya lejanos intentos, sea una producción cumbre, sensacional. Las "americanadas" (películas del Oeste y películas de "gángsters") se han prodigado sin miedo, y sólo algunas hay buenas; pero tan buenas que han rehabilitado a las demás y han rehabilitado, sobre todo, el sentido de la "americanada", restableciéndolo a la simple y directa acepción que le dan Adriano del Valle y Fernández Barreira.

El juicio que todavía España merece, a unos por ignorancia, y a otros por maldad, no habría de modificarse lo más mínimo por una película desacertada en el tema taurino. Para ellos lo malo no es el tema, la existencia de la Fiesta tal y como está. La repudian aun conociéndola. No les gusta... ¿Y qué puede hacerse contra eso? ¿Se puede creer que por presenciar una película perfectamente realizada, llena de bellezas y emociones, iban a deponer su hostil actitud contra España? Desde luego que no.

Así, pues, nos importa a todos que se haga cine de la Fiesta de los toros y del ambiente que la rodea, que ya sabemos que no es de chulos, matones y borrachos, ni de mujeres perdidas y soeces, ni de gentes ineducadas, ignorantes y groseras. Es un ambiente con hombres de tan varias características como las que puedan tener los de otras profesiones o actividades, no sólo de España, sino de cualquier parte del mundo; pero con la ventaja de que muchos de ellos están adornados con la singularidad de la gallardía que representa transformar un duelo con la muerte en un bello espectáculo.

EL PLANETA DE LOS TOROS

EL "SINTA"

«SINTA», en el lenguaje del planeta de los toros, quiere decir sin tabaco.

Y el que está sin tabaco es que no tiene un duro. Grave cosa ésta siempre, en el planeta de los toros y en cualquier otro planeta. Pero en el de los toros adquiere una significación especial. ¡Con qué acento se dice, entre los taurinos: Fulano está sin tabaco! Y uno se figura al desgraciado con la petaca vacía, roto, desolado, vencido. ¿Vencido? ¡Ah, esto no sé hasta qué punto! Es muy difícil que un torero se dé por vencido, así como así. Los toreros son seres de un optimismo desbordante, inacabable. Estarán sin tabaco, pero no pierden la esperanza de poseerlo en abundancia cualquier día. El día que les salga un toro, su toro. Todo torero tiene un toro para su uso particular. El toro de sus sueños, el que le sirve para andar por la vida sin tabaco o como sea, pero lleno de ilusiones. Y el tabaco se acaba, pero las ilusiones, no. Y el tabaco, tampoco. En el planeta de los toros no se acaba nada. Lo más que sucede es que llega el invierno y la cosa, allá entre diciembre y enero, se pone algo fea. ¡Pero ya está ahí mismito marzo con su animacioncilla taurina y ya todo el mundo tiene tabaco! Por lo menos exteriormente.

En el planeta de los toros no existen esos tipos mal trajeados, con barba de ocho días, demacrados. En el planeta de los toros, todos sus habitantes están de buen color y de buen ver. El tipo del sablista no existe. Bueno, entendámonos: sablazos se prodigan a diestro y siniestro, ahora que con otro nombre. En el planeta de los toros, el pedir dos duros a un amigo se le llama «darle un toque». No me negarán ustedes que es mucho más delicado y elegante decir: «¡Fulano me ha dado un toque», que «¡Fulano me ha atizado un sablazo!»

En el planeta de los toros pululan muchos sablistas; pero, ya digo, muy apersonados, casi vestidos con elegancia. El «sinta», el sin tabaco, cuida su ropa como a las niñas de sus ojos. Si quitamos el Nuevo Club y el Golf de Puerta de Hierro, en ninguna parte de Madrid se ven tantos hombres bien vestidos como en la acera de la calle de Alcalá, esquina a la de Peligros, en estas mañanitas soleadas del invierno. Allí están todos revueltos, los «sinta» y los que tienen bien nutrida su cuenta corriente. Y no se les distingue. El extraño que llegue, confunde a un «sinta» con un matador de toros de tronío. Porque el «sinta» va hecho un figurín y además es el más optimista de todos. El «sinta» no confiesa que está sin tabaco, así lo aspen. Ni siquiera para dar el toque.

—Oye, déjame veinte duros, que voy a cenar esta noche con una «gachí» y he salido de casa sin dinero.

El toque nunca es lastimero, quejumbroso. El toque es casi un toque por alegrías de Cádiz. Los toreros, en general, son gente generosa; pero el más generoso de todos es el «sinta». El «sinta», en cuanto ha dado el toque, lo primero que hace es invitar a unas copas al tocado y a la reunión. Y si se tercia, allá se queda íntegro, botella tras botella, hablando, hablando, que es una de las grandes pasiones del planeta de los toros. En ningún mundo se habla tanto como en el taurino, ni siquiera en el de los cómicos. En ninguno se maneja tanto la hipérbole, figura retórica como tal desconocida por los toreros, pero que manejan a las mil maravillas. En esto no se diferencian los toreros castellanos, o de cualquiera otra región, de los andaluces. Todos exageran a cual más y mejor. Y exageran de buena fe y a conciencia. Oírles narrar hazañas suyas es caer en lo fabuloso. Y éste es el gran consuelo de los «sinta». Vivir en sueños. Vivir en la luna, que no creo sea el satélite de la tierra, sino del planeta de los toros, porque todo gira alrededor de lo fantástico, de lo nunca visto, de lo quimérico y sobrenaturál, porque no me podrán negar ustedes que nada más sobrenatural existe que un pobre hombre sin tabaco, creyéndose un genio, no incomprendido, que ésta es ya una forma de reconocer cierto fracaso, sino comprendidísimo y admirado por todos los públicos. Oyendo a un «sinta» contar alguna de sus faenas lo envidiamos, porque aquel hombre no está amargado, sino al contrario, satisfecho de sí mismo, como lo pueda estar Domingo Ortega o Juan Belmonte, a los que ellos no envidian, sino que, al contrario, les reverencian como a «sintas» con mejor fortuna, que alcanzaron la riqueza que ellos obtendrán también cualquier día, el día que les salga su toro, ése que está comiendo hierba para que ellos sean ricos el día menos pensado.

El «sinta», hombre sin hiel, lleno de miel, alegre y confiado, es un tipo único, excepcional, que no se da, ni puede darse, más que en el planeta de los toros, mundo lunático, de un pintoresquismo adorable, poblado por seres que luchan con la vida muy duramente, que la viven muy cumplidamente, sin tabaco o con tabaco, pero con optimismo, con euforia, que es lo principal.

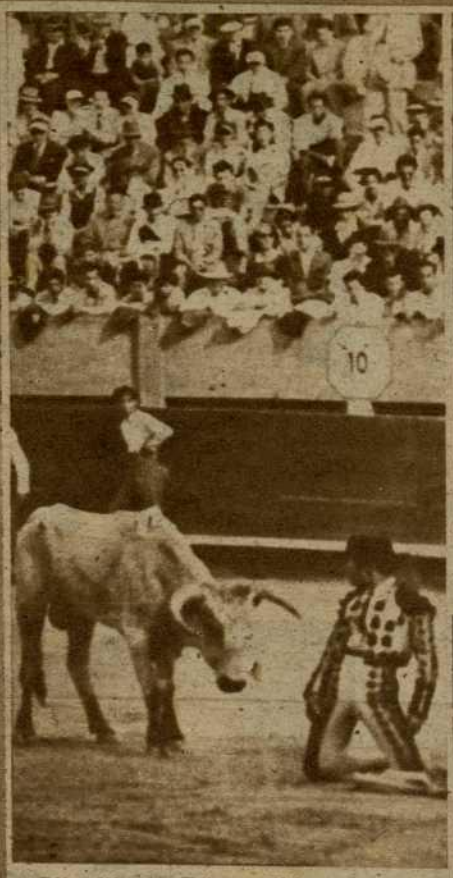
ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

La temporada de corridas de novillos en Lima

El día 7 de diciembre se repitió el cartel del día de la inauguración, pero con menos éxito

De nuevo alternaron «Morenito de Talavera Chico», «Gitanillo de Triana Chico» y Rafael Santa Cruz

La fiesta resultó deslucida por la insignificancia del ganado



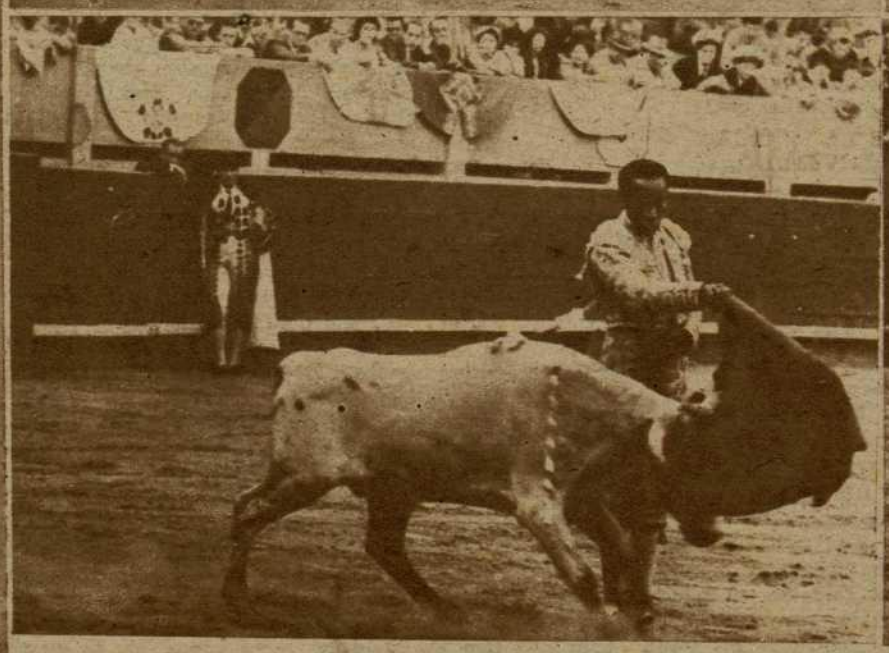
«Gitanillo de Triana Chico» se arrodilla frente al novillejo al rematar un quite

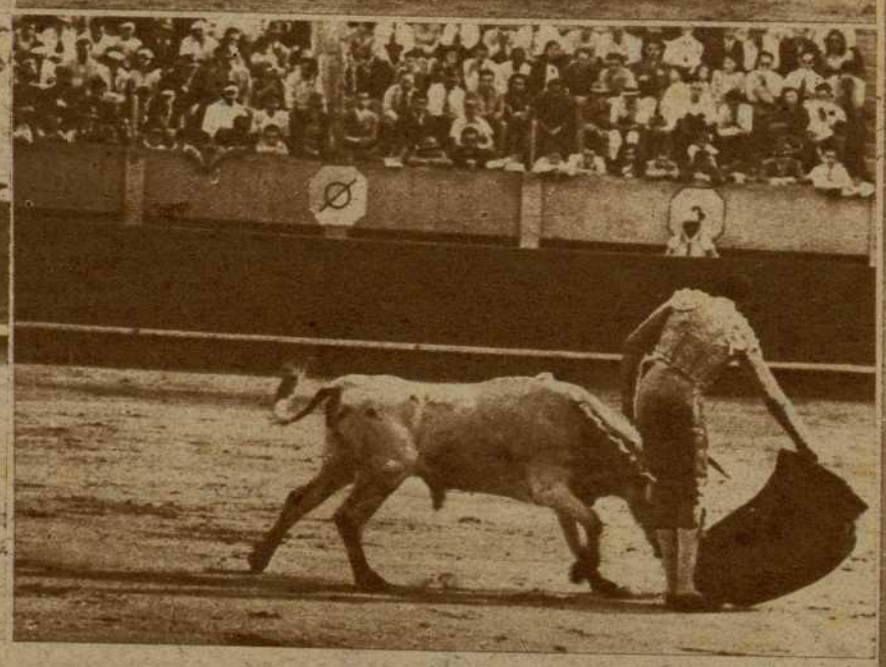
«Gitanillo de Triana Chico» inicia con un pase por alto su faena de muleta al primer novillo

«Morenito de Talavera Chico» banderilleando a su segundo enemigo. Poco enemigo, desde luego

«Morenito de Talavera Chico» fué el que más lució. Estuvo bullidor con la capa e intentó toda clase de lances

Una «gaonera» del torero negro Rafael Santa Cruz, que únicamente en algunos momentos del primer tercio correspondió a la expectación que había despertado





Dos momentos de Rafael Santa Cruz toreando de muleta

(Fotos «Joselillo»)

LA AFICION TIENE LA PALABRA

CUANDO el diablo no tiene qué hacer...» Bueno, ya saben ustedes. Y cuando la afición entra en el hache invernal, pues se fijan en el primer plano de la nostalgia taurina los más peregrinos temas del arte de Cúchares y de algún que otro torero más.

Muchas son las cuestiones tauromacas en este tiempo de abrigo, que la afición madrileña analiza con el microscopio de la crítica en la tertulia de la «peña», en la barra del bar, en cualquier negociado...: ¡en fin, en todos aquellos sitios dispuestos para la holganza del rey de la Creación. Muchas son, como digo, las cuestiones, pero ninguna ha cobrado, hasta ahora, la pujanza y la amplitud polémica de ésta que triunfa en la actualidad, y que se expresa como la más sencilla ecuación, con una simple incógnita. Así: ¿Sí o no, a la música en las corridas? Es decir: presencia o ausencia del «menos molesto de los ruidos» a la hora de la suprema verdad de la Fiesta.

Lo cierto es que en la Plaza de Toros de Madrid no hay más música que la del pasillo, y que, por el contrario, en cosos taurinos de tanta estirpe como los de Sevilla, Valencia y Barcelona, las bandas musicales tienen una destacada labor a realizar. Y lo cierto es, también, que uno tiene su teoría sobre el tema, y que podría soltar uno un «rollo» tamaño catedralicio sobre la palpitante cuestión. Pero como eso, los comentarios a las guerras de las Galias y la labor de algunos teatros no interesan a nadie, prefiero silenciar mi punto de vista y que exterioricen los suyos las amables y estoicas personas por mí convocadas a la encuesta.

Ellas tienen la palabra.

¡MÚSICA, MAESTRO!, DICE CELIA GAMEZ

Abordo a Celia en su camarín. Y acto seguido, disparo mi pregunta. La genial artista me mira, y entonces, hasta se decolora la tinta de mi estilográfica.

Luego, Celia responde sobre la marcha. Dispone de muy pocos segundos y tiene muchas cosas que decirme:

—Verá —expresa—. Yo creo que la música es un estímulo para el torero. Todo artista se crece siempre al aplauso. Y el castizo pasodoble que suena en honor al diestro que en la arena está realizando una faena magistral, surge como el más cálido, clamoroso y redondo de los aplausos. Además, la música viene a ser el más bello don melódico que puede tener la exteriorizada emoción del público.

Luego, Celia me habla de su manoletismo, del toreo maravilloso e incomparable del pobre califa cordobés: de muchas cosas, que permiten descubrir en la bella actriz una auténtica aficionada.

«El Chanito»

CARLOS LLOPIS, O LA ROTUNDIDAD PLUSCUAMTELEGRAFICA

Este joven, destacado y original dramaturgo que es Carlos Llopis, y a quien encuentro en el vestíbulo de uno de los teatros que representan obras suyas, contesta a mi pregunta del modo más escueto y rotundo:

—No se debe tocar la música en la Plaza de Madrid, porque a «Manolete» no se le ha tocado.

«POR MI, QUE SUENE LA MUSICA», DICE JUANITO BIENVENIDA

Juanito Bienvenida no se para mucho a meditar la respuesta. El torero de la gran dinastía torera me contesta así:

—Por mí, que suene la música. A mí me parece que la alegría que tiene una buena faena a los acordes de un pasodoble no se parece a nada, y si, por suerte, me toca escucharle cuando toree en Madrid, ¡la locura!

Y dicho esto, Juanito Bienvenida se va al fútbol.

PEDRO CHICOTE CREE EN LA INTIMA MELODIA DE UN SILENCIO SONORO

Pedro Chicote, el hombre de la sonrisa, gatea por la escalera de la emoción al tejado de la poesía. Y en consecuencia, me dice:

—¿La música en las corridas de toros? Solamente me gusta antes de empezar. Es decir, cuando hacen el paseo las cuadrillas. Entonces, quiero para la Fiesta, para pórtico espectacular de la tarde, un pasodoble muy valiente y muy español. Esta música también puede brotar en los intermedios, de toro a toro, pero nunca en ninguna de las suertes. Nunca, y menos en las grandes faenas. Entonces no existe más maravillosa melodía que ese silencio sonoro de la emoción. Silencio espeso, hondo, pero que todos «escuchamos», y sobre todo, el diestro, que en él descubre el más clamoroso de los aplausos que cualquier público pueda rendir.

Celia Gamez

Carlos Llopis

María Paz Molinero

Maestro Guerrero

AHORA QUE LA ACTU MADRILEÑA SE PRES

¿Sí o no, a la músi

¡SIEMPRE, SIEMPRE, SIEMPRE LA MUSICA!, DICE TOMAS RIOS

A Tomás Ríos le descubro en la Exposición de Pintura de Pedro Gros: el popular Tomás Ríos y el originalísimo pintor Pedro Gros se hallan discutiendo sobre la cuadratura del círculo, aplicado al violín.

Y como, al parecer, pintor y músico no se ponen de acuerdo, entro en la liza. Y le suelto la pregunta de la encuesta al gran Tomás: quien me replica en seguida.

—La música enardece y apasiona al torero o artífice del toreo. La música es, incluso, capaz de sensibilizar al astado. La música —prosigue Tomás Ríos, mientras que su amigo Gros parece no tomarle muy en serio— es el complemento definitivo de la gran Fiesta española. Es siempre una válvula de la emoción del espectador, y también es un elemento de discreción, ya que en la hora del escándalo, las notas musicales pueden actuar a modo de silenciador. Así que, para terminar: la música, ¡siempre, siempre, siempre! Las faenas, y

Pedro Chicote

Tomás Ríos

Maestro Alvarez García

Manuel Castro Gil

ÚALIDAD TAURINA SENTA MELÓDICA

a en las corridas?

sobre todo, las grandes faenas, deben surgir enmarcadas por las notas más vibrantes de nuestra música racial.

Como a Pedro Gros no le duelen prendas, y como le ha agradado la contestación que me ha dado Tomás Ríos, estrecha cordialmente la mano de éste.

MARIA PAZ MOLINERO ECHARIA EN EL RUEDO SU CASA POR LA VENTANA

María Paz Molinero, guapa ella, simpática ella, graciosa ella, me responde de esta manera:

—¿Que si debe sonar la música en la Plaza de Toros de Madrid? Pues claro está, y en todas las Plazas de Toros que haya o deje de haber en el mundo. La música debe sonar en todas las grandes faenas de los toreros. Y deben caer en el ruedo, con la música, sombreros, americanas, boletillos, alhajas, topolinos. ¡Todo será poco para premiar la faena magistral! Por tanto, ¡venga música! ¡Venga optimismo y alegría en la Plaza! No obstante lo expuesto —concluye María Paz Molinero—, también el silencio tiene un valor impresionante. Lo mismo para bueno que para malo. E idéntico para los toros que para el teatro.

EL MAESTRO GUERRERO EXPRESA UNA ROTUNDA NEGATIVA

Jacinto Guerrero es, indiscutiblemente, uno de los tipos más simpáticos que tenemos en esta tierra de la simpatía que es Madrid. Por eso, don Jacinto triunfó en cuanto quiso, y por eso es eternamente joven.

Don Jacinto Guerrero, al hilo de un teléfono que casi no se oye, me grita:

—No debe sonar la música en los toros. Tres peligros tremendos hay en adoptar esa determinación: el primero, que el toro se distraiga con la música y no embista; segundo, que sea el torero el que siguiendo la melodía, se despiste del toro, y tercero, que sea el público el que, al seguir la música, se despreocupe de toro y torero. Y ahora, en serio —prosigue el maestro Guerrero—: Creo que la música distrae la atención, que debe estar puesta, única y exclusivamente, en la pelea entre el torero y el astado. Yo recuerdo que siendo niño casi, allá en mi tierra de Toledo, toreando «Machaquito», Vicente Pastor y «Puntaret»...

¡Zas!, la aparición del 8.595, premiado con seis millones de pesetas, arma tal zarabanda de ruidos en el locutorio en que estoy comunicando con el maestro, que me es imposible restablecer el diálogo con mi interlocutor. Sólo muy débil le oigo decir:

—Así que, ya sabe: la música en los toros, no. Ni aunque lo que sonasen fueran las notas del «¡Ay, qué tío!»

Espero que en tiempo próximo pueda escuchar íntegramente lo que el maestro Guerrero quería decirme sobre aquella famosa corrida toledana. Ustedes y yo, amigos lectores, ya lo sabremos.

EL MAESTRO ALVAREZ GARCIA SE DECLARA INCONDICIONAL DE LA MUSICA EN LA PLAZA

El creador de «Aurora, la faraona», maestro Juan Alvarez García, se muestra absolutamente conforme con que la música se deje oír a lo largo de la Fiesta. El maestro Alvarez García me fija de este modo su criterio:

—Sí: debe acompañar la música, con todo su esplendor, con todos sus valores emocionales, a la gran faena que el lidiador borda en el ruedo. Música ésta que ha de ser rica en matizaciones. Música que es honor al torero, a su lidia esforzada, a su arte viril. Y acordes plenos que señoreen más y más la espectacularidad de la Fiesta Nacional. Y por último —expresa el maestro Alvarez García—, estimo que la música influye en el espíritu del público, intensificando más la emoción de los grandes momentos taurinos.

«EL CHONI», PARTIDARIO DEL PASODOBLE TAURINO

—Sí, señor —me dice «el Choni»—. ¡Venga la música a la gran Plaza madrileña! Cuanto más alegría, más color y más ambiente haya en el coso taurino, mejor. ¡Vengan pasodobles taurinos, muy taurinos! ¡Castizos, descriptivos, populares! Para nosotros, los toreros, mejor: la música es un magnífico aplauso y un estímulo. Y todo lo que sea dar calor a nuestro afán, ¡bueno va!

MANUEL CASTRO-GIL Y SU TEORIA DE LA MUSICA

Manuel Castro-Gil, primero de los aguafortistas españoles, quintaesenciado espíritu artístico e incondicional aficionado a la Fiesta brava, me contesta con ese su persuasivo acento castellano-galaico:

—¿La música en la Plaza de Madrid? Pues, claro, querido Castanedo. Pero vayamos por partes: así como el negro o cualquier otra unidad cromática tienen su neto valor, individual e indeclinable, así la policromía, cuando ésta se combina en acierto estético, determina la presencia y triunfo de la obra de arte. Quiero decir con todo esto —continúa diciendo el maestro del grabado español—, que el toreo —arte grande, arte hondo, arte racial hispánico—, por sí solo, sin otros atributos estéticos que los que dimanan de su propia esencia, es pura obra de arte. Pero, en ciertas ocasiones, en momentos magnos, de apogeo incomparable, de apoteosis de la faena taurina, la música puede servir de espléndido marco a la máxima ejecución del hombre que en el redondel sabe plasmar la gran obra artística. Pero, en fin —concluye Castro-Gil—, una observación: conviene no abusar mucho de la música en los toros. La prodigalidad siempre desprestigia el valor de la cosa ofrecida. Y esto constituye un gran peligro.

* * *

Hago punto y final. Con su opinión, lector, siempre digna de ser tenida en cuenta, termina el trabajo. A todos, felices Pascuas les desea

F. HERNANDEZ CASTANEDO

Juanito Bienvenida

Un gran banderillero de ayer

Biografía, a ratos pintoresca, de «El Chato de Zaragoza»

Por distintas razones ha pasado a la historia, sin temor a que nunca se borre totalmente su nombre de ella, Ramón Laborda y Tejero, «El Chato de Zaragoza». A pesar de que han sido y serán muchos los buenos banderilleros y excelentes peones de brega con legítimo derecho a figurar en las páginas de aquélla, el Ramón zaragozano puede destacarse del grupo de los mejores por haber desempeñado magníficamente su papel. Pero, además, en su vida profesional cuenta con hechos pintorescos, valederos para que, al repasar futuros cronistas de la Fiesta los documentos históricos que se ocupan de los subalternos del toreo, el nombre de Ramón Laborda se les ponga de relieve como protagonista de los aludidos sucesos y, al indagar quién fuera ese «Chato», se encuentren con la grata noticia de que fué un banderillero muy bueno y pronto y un peón que bregaba con el valor, la oportunidad y la eficacia de los mejores de cualquier época.

Ese apego a la tierra nativa, ese angustiarse en cuanto se pasea por otras calles que no sean las aceras del Coso, con ejemplos bien notorios de desprecio a una mejora de categoría, tal como el de un gran crítico y periodista como don Andrés Gay, «Juan Palomo», que de redactor de *A B C*, en Madrid, se volvió al diario de su ciudad zaragozana porque en la capital de España no se encontraba a gusto, fué, igualmente, el caso aragonés de Ramón Laborda, a quien «dieron toros», en plena juventud, «Lagartijo», «Frascuelo», Mazzantini, «Guerrita» y Reverte, cuando iban contratados a Zaragoza, y, no obstante, no se sometió a cuadrillas fijas, con sólo estas dos excepciones: con Nicanor Villa, «Villita», en su año triunfal de novillero y toma de alternativa —temporada de 1895— y doce años después, en 1907, ya con sus maduros cuarenta y ocho —pues había nacido en la propia capital de Aragón el 17 de julio de 1859—, alistándose a las órdenes de «Cocherito de Bilbao», con la mala suerte de recibir la cornada más grave de su vida torera, el 30 de mayo, en Orense, lo que quizá le llevase a decir: «¿Con que una vez que salgo de mi tierra se me pone en un mal trance? Pues a tu tierra, grulla, aunque sea con una pata, según dice el refrán.»

«El Chato» había ido a Madrid, por vez primera, allá por el año 1882, a banderillear en una novillada que le ofreció «Cacheta»; allí se quedó para hacer unos pinitos de matador en la placita del Puente de Vallecas; pero después se nos pierde seguramente entre el infinito número de «Chatos», que recoge la historia del toreo, o en el anonimato de la frase corriente en algunas revistas que nos dicen que banderillearon «Fulano y su compañero». ¿Por qué un «compañero» de esos no había de ser Ramón? Con toda autenticidad, «El Chato de Zaragoza» se nos aparece de nuevo en Madrid, en 1895, en las muchas novilladas que toreó «Villita», famosas por su competencia con el «Algabeño». En todas, el crítico de «El Toreo» le cita con encomio como peón y banderillero; pero los éxitos culminan con la brillante actuación de maestro y subalterno en la corrida del 5 de septiembre, cuando, por cogida de Angel García Padilla, «Villita», hubo de estoquear cinco novillos «del Duque», con unión, en el último, del triunfo y paisanaje de Nicanor y Ramón, al dar siete lances al alimón y rematar de rodillas, frente al veragüeño, al que arrojaron arena en el hocico. El punto final de la gran tarde recibió el premio de la jota aragonesa, solicitada unánimemente por los espectadores. «Juan de Invierno», el crítico de las novilladas en «El Toreo», recogía el hecho en unos versos, ajenos —esta es la verdad— a toda idea de poesía. Decían así:

Al levantarse los mañs,
los chicos de Zaragoza,
el concurso entusiasmado
le arroja sombreros, botas
repletas de mosto, puros,
algunas prendas de ropa,
y pide a coro a la orquesta
que entone a punto la jota,
el cántico que en la sierra
de Aragón da con sus notas
más vida y más alegría
que los himnos más patriotas.

Han pasado, sobradamente, cincuenta y dos años del acontecimiento de que en la Plaza madrileña autorizasen para que fueran acompañados filarmónicamente los esfuerzos de unos lidiadores. El arte de los zaragozanos merecía tal excepción. La tarde había sido redonda para ellos. Medio siglo corrido, y, a pesar de ello, ¿quién diría que en la calle de Alcalá no se oye todavía el eco de la entusiasta ovación que acompañó a Nicanor y a Ramón en su salida?

A los tres días, el 8 de septiembre, «El Chato» refrenda sus triunfos una vez más, y de nuevo «Juan de Invierno», para la hoja de servicios de Ramón Laborda, dicta en «El Toreo» este juicio tajante: «El Chato de Zaragoza» merece párrafo aparte, porque estuvo superior de verdad toda la tarde, lo mismo banderilleando que en la brega. Hoy por hoy, hay poquitos que le igualen. Es un torero de cuerpo entero. Los dos pares que puso al segundo y los oportunísimos capotazos que metió lo acreditarían como tal, si ya no lo estuviera.» Y el día 29 de igual mes, con estreno de un vistoso terno café y adornos de plata, recibe, a la vez que Bernardo Hierro, las banderillas que les ceden Juan Molina y Tomás Mazzantini —¡casi nadie entre el peonaje!— como ceremonia preliminar de la cesión de trastos que «don Luis» iba a hacerle a Nicanor.

A la temporada siguiente, «El Chato» quiso ir a más, y tras una desafortunada actuación como matador en la novillada del 19 de enero, a la que siguieron otras no más felices en el curso de la temporada en Barcelona, Zaragoza y algún otro sitio, desistió del manejo habitual del estoque para lo sucesivo, para volver a la brega y los rehiletes, «que era lo suyo». Y «en lo suyo» continuaron los triunfos en las corridas de toros o en las novilladas —que a todo se acomodaba— de los años siguientes, hasta el de 1913, día de la festividad de Santiago, en que se despidió de sus paisanos en una novillada en su beneficio. Treinta y cinco años de pelea con los toros, sin aspiraciones mayores, casi desde sus comienzos, le ganaron, no obstante, la fama y la popularidad en su pueblo y fuera de su pueblo. Ejemplo al canto: en la serie número 14, dedicada a los banderilleros famosos de finales del otro siglo y comienzos de éste, de aquellas fototipias de las cajas de cerillas que añoramos los «aficionados grises» —según don Luis Araujo Costa lo «otoñal» ya no se lleva—, en su número 72, se reproduce la efigie de «El Chato». Jacarandoso, liado el capote de relativo lujo, como para hacer el paseíllo, aquí, con este artículo, podéis admirarle todavía los que no conocisteis su flamenquería por el ruedo. Así fué en su veteranía y, hasta en su vejez, a la que llegó, pese a las «miureñas» intenciones de aquel «protector de animales» anarquista de acción, sueco, que se llamó Ivón Aqueli, quien en París, el día 5 de junio de 1900, emprendió a tiros el coche en que se dirigían a la Plaza «Félix Robert» y su cuadrilla a inaugurar la serie de corridas organizada con motivo de una Exposición Universal «que tenía que ver». La víctima del «humanitario» Ivón, «que protegía animales», fué Ramón Laborda, herido en el brazo y costado izquierdos. Detenido e interrogado el expeditivo sueco, se justificó de esta manera: «Que él era enemigo de los espectáculos inhumanos y que trataba por este medio de impedir la celebración del que iba a tener efecto; que el verdadero culpable era el público que acudía a presenciarle, y que si él hubiera dispuesto del dinero preciso para ocupar una localidad, los disparos los hubiera dirigido contra el público.» A ser muchos los que sustentasen la opinión de aquel «protector», ¡cualquiera se acercaba a una taquilla oficial o de reventa para adquirir un tendido de sombra sin hacerse antes un seguro de vida!

El 15 de julio de 1932 el ex torero Ramón Laborda falleció en Madrid, adonde había trasladado su residencia por necesidades de familia. Y murió, como había vivido, bienquisto de todos. Sí, bienquisto, ¡ese a la biografía, que, de no ser una necedad, sería una diatriba, que le mereció a Sánchez de Neira en su «Diccionario» o mamotreto, publicado en 1896, en ocasión en la que «El Chato» había tenido una cuestión baladí con un revistero de su tierra. La razón o la sinrazón de la pelea se ha perdido al cabo de los años.

Sánchez de Neira, que gozaba entre los aficionados de poseer «ropa negra» en sus opiniones de «magister dixit», hizo una obra histórica arremetiendo contra todo lo moderno de su tiempo y con detalles sin importancia para la Historia. Ejemplo de lo que digo las líneas que le dedica a Ramón Laborda. Podéis leerlas ahora: «Novillero que corre toros, los pone banderillas, los pica y los rejonea; es decir, que por saber de todo, según él cree, a todo se atreve. ¡Ah! Y da también el salto de la garrocha.

Desde que dejó de torear a caballo y se limitó a trabajar a pie, adelantó rápidamente y se ha hecho un buen banderillero, de mucha utilidad en el redondel. Ha intentado matar toros y para esto ha resultado muy deficiente, por lo que ha vuelto a tomar los palos, que no debe dejar en mucho tiempo, al menos hasta que se le enfríe algo la sangre, que la tiene muy caliente como buen aragonés. Mientras no haya calma y reflexión, es inútil el atrevimiento; y si al fin éste le emplease únicamente con las fieras, menos mal; pero quiere también que los hombres se coloquen al hablar de él en lugar de ellas, para que no ejecuten más movimientos que los que les indique, y eso no puede ser; harto hacen en ocuparse en su insignificancia como artista, que unas veces acierta y otras yerra.

Si la gente que le rodea puede, aunque sea con esfuerzos, hacérselo comprender, ganará mucho el hombre en todos conceptos.

¿Los que lean hoy el «Gran Diccionario Tauromaco» se enterarán de lo que fué en su profesión Ramón Laborda, «el Chato»? ¿Averiguarán con esas líneas irónicas de jeroglífico antigramatical a qué hecho alude al mezclar lo de la sangre caliente de buen aragonés? ¡No! Esas líneas no sirven para hacer la biografía de nadie. Quien quiera enterarse de cómo fué «el Chato», subalterno del toreo, que lea las revistas de su tiempo, que lea el «Cossío», que lea cualquier cosa menos el «Sánchez de Neira», aunque al leerme ahora a mí algunos hagan sus aspavientos por haberle salido al paso —un paso de más de medio siglo— a un escritor de ayer tenido, por muchos, «como los siete sabios de Grecia en una pieza».

DON INDALECIO

EUTRAPELIA TAUROMACA

El parón, los estatuarios y el toreo poste

Vicente Pastor en uno de los pocos «parones» que se daban en su época

Juan Anlló, «Nacional II», haciendo lo que hoy se llamaría la estatua, con un «becerrito» inofensivo. El suceso ocurrió en la vieja Plaza madrileña

Porque Dios así lo viene disponiendo, a pesar de tener una edad algo respetable aun no nos han echado al corral el humorismo.

Y antes de que nos toquen los avisos reglamentarios vamos —dando una larga cambiada al aburrimiento imperante por la escasez de temas pitonudos— a emborronar una docena de cuartillas, dedicadas a la estatuaria taurina.

Este género taurófilo, que durante las últimas temporadas viene pisando las más o menos candentes arenas de las Plazas con el beneplácito de los públicos, no es precisamente una cosa de reciente hornada.

Pero nunca se prodigó como en estos tiempos ni fué tan celebrado por la crítica.

Con bastante frecuencia leemos en los diarios la descripción de las faenas que los coletudos realizan ante los cornúpetas, y los que no están en el secreto del complejo vocabulario que se han echado para andar por los palenques los narradores de sucesos tauromáquicos o quienes van poco a las corridas, se quedan estupefactos ante reseñas como la siguiente:

«El «Anafre Chico» inicia la monumental faena con cuatro magníficos «estatuarios», que ponen a los espectadores de pie en sus asientos.» Refiriéndose, naturalmente, a los que estaban sentados.

O esta otra: «La faena que ejecuta «El Cornisa» es algo memorable. Empieza con un ayudado, haciendo la *estatua*. Sigue por *derechazos* colosales, y luego vienen otros *estatuarios*, que no los mejora ni el cincel de Fidias y que ponen los pelos de punta.»

En esto de no llamar las cosas por su nombre no se quedaban atrás los escritores de mis años mozos, cuando se liaban la manta a la cabeza reseñando las faenas de los lidiadores.

Vean los aficionados de hogaño una muestra:

«El Catafalco», muy serio, empieza con un pase de la *muerte* escalofriante. Después de otro con la derecha, ejecuta el del Celeste Imperio. Dos *trincherazos* y otro de la *firma*. Continúa con otro muletazo mortuorio. La faena es trágica, porque la realiza «El Catafalco» dentro de los cuernos escarabajeándole los pitones —entonces no los aserraban—, el abdomen.»

Faenazas como éstas encogían el ánimo del espectador más resuelto, y eso que la música no las acompañaba, porque no tenían a mano, seguramente, la partitura de una marcha fúnebre.

Los que, por haberse quedado en casita jugando al honrado tute, no habían asistido al «alegre» festejo y no conocían bien la denominación dada por el revistero a los pases de muleta, se quedaban sesteando a la sombra de la más dulce de las higueras y deseaban la llegada del lunes para preguntar al compañero de la oficina o del taller qué era eso del «trincherazo» o lo de la «firma».

Pero vamos a restablecer el orden de la lidia de esta cháchara en puntas antes que desde el callejón nos llame la atención el enjuto alguacilillo del negro y puntiagudo bigote que todos conocemos, porque sin darnos cuenta nos hemos pasado del primer tercio al segundo.

El torero del parón. Llamábase así, hace años, al diestro que de vez en cuando se quedaba rígido y parado ante las pujantes acometidas de las reses.

Y como entonces, en el toreo (para hacerlo bien siempre hay que parar, templar y mandar), eran muy pocos los que se paraban ante las testas cornudas, los diestros del parón —también se decía de ellos que hacían el «Tancredo»— emocionaban al público espectacularmente en aquel momento, causando la admiración de la gente.

Fué el trianero Antonio Montes el primero que en la época de Ricardo «Bombita» y «Machaquito» empezó a cultivar el parón, y más tarde Vicente Pastor en la ejecución de aquellos pases naturales con la izquierda, rematados por alto, de grata recordación, que se fueron con él, archivándolos en su morada de la castiza calle de Embajadores.

Otros toreros de aquellos ya lejanos tiempos, como el padre de los actuales Bienvenida, también, en determinados momentos, eran de parón, hasta desembocar en Juan Belmonte, que abrió con sus revolucionarias normas la espita en eso de quedarse quieto ante los fieros brutos.

Jocosamente también se llamaba de parón, a los coletudos modestos porque toreaban muy pocas corridas, permaneciendo inactivos casi toda la temporada.

Si no estamos equivocados, nos parece que no es necesario explicar lo que en el toreo se llamaba parón, que es, sencillamente, lo que hoy ha sido bautizado, no sabemos por quién, con el nombre de «estatuario».

Llámase estatua, como poquísimos ignoran, a la figura de bulto labrada en piedra, mármol, madera, yeso o barro, y muchas han sido las que hemos visto en el Museo de Reproducciones Artísticas —existente en la calle de Alfonso XII, calle en la que también vive Belmonte— en posiciones encorvadas y horizontales, por lo que no encontramos muy acertada la aplicación del nombre como tauromáquicamente se le utiliza.

Pero adelante con los «estatuarios». Hállanse comprendidos en los pases así llamados actualmente el ayudado, rematado por alto, a que no hace muchos días me referí en esta revista, y el natural, con la izquierda, también por alto finiquitado, del que acabo de hacer mención al hablar de Vicente Pastor.

El que se llamó pase de la muerte, enterrado definitivamente y, por fortuna, no resucitado.

Se trataba del expresado pase ayudado. Quieto el torero, dando el costado y arrancando rectamente el toro, al llegar éste, el lidiador se limitaba a levantar la muleta, como si fuera un telón, y el cornúpeta continuaba pacíficamente su emprendido viaje, mientras el diestro exclamaba seguramente: «¡Vaya usted con Dios, amigo!»

Este «terrorífico» pase, que tan pocos toreros envió a la sepultura, a pesar de su trágica denominación, se le vimos ejecutar a Bienvenida, padre, a «Rafael el Gallo», a Luis Freg y a otros que ahora no recordamos, y llamábase de telón cuando el diestro le ejecutaba con una mano sin ayudar la muleta con el estoque en la otra.

José García, «Algabeño», aquel mocetón andaluz, que se hizo famoso matando a volapié, pero corto y basto toreando, nos trajo lo que se llamó, y aun se llama, pase de pecho con la mano derecha, teniendo en ésta cogida la espada y la muleta. Posteriormente, este mismo pase, pero ejecutado dando el costado el torero, le prodigó mucho «Chicuelo», hijo, y hasta tuvo muchos imitadores. Se le llamó en seguida pase de «costadillo», y se elogió por quienes, desgraciadamente, tenían cataratas en los órganos visuales.

Otro pase, que, como los anteriores, sería catalogado en estos históricos momentos en la novísima sección de «estatuarios», es el de la «firma».

Se trataba sencillamente del natural con la mano derecha, llamado en la actualidad, impropiamente, derechazo.

Le ideó el desventurado artista valenciano Manolo Granero; pase que cortaba con un gusto y una exquisitez extraordinaria, terminándole con un movimiento de ida y vuelta, como quien traza en el aire una rúbrica.

Todos los citados pases de muleta, y alguno que seguramente se me habrá quedado en el fondo del tintero, ejecutábanse erguidos y mayestáticos, sin que a nadie se le ocurriera llamarlos «estatuarios».

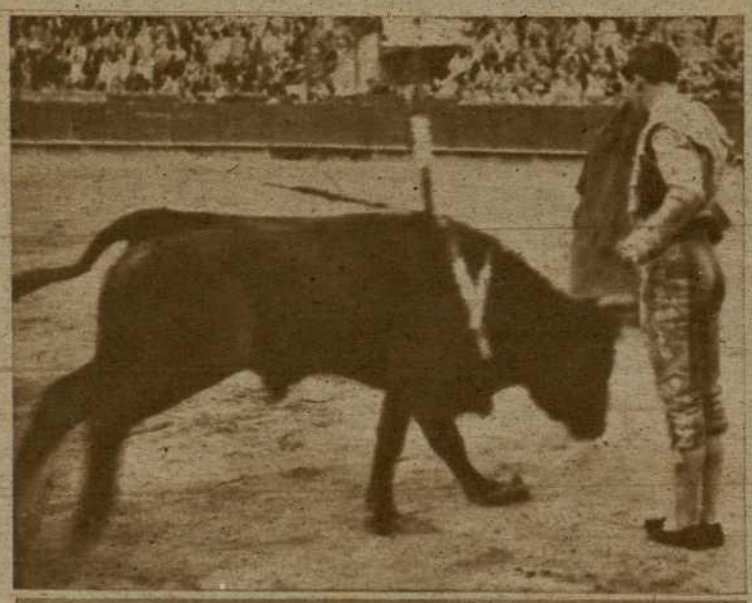
Y como los clarines y los timbales me hacen saber con sus estridentes notas que ha llegado con el último tercio el momento de rematar la faena, me descubro respetuosamente y exclamo sin la menor vacilación:

«¡A mí no me gusta el toreo poste!»

Esa manera de torear en la que el diestro, completamente rígido, da la sensación de un poste telegráfico o de una columna portadora de flúido eléctrico, no es de mi agrado.

Nada de tiesuras: quietud en las extremidades inferiores, pero flexibilidad en la cintura, girando el tronco del lidiador hacia la izquierda o derecha, según el caso. Así es como se puede torear cargando las suertes y siendo el lidiador quien manda y dispone del toro.

DON JUSTO



Juanito Bienvenida ejecutando un pase por alto de los que se llamaban de telón (Foto Mateo, hijo)

He ahí a «Cagancho» con otro «becerrete» en un pase de los hoy llamados estatuarios (Foto Mateo)

AL MARGEN DE UN CINCUENTENARIO

DON JOSE LOPEZ SILVA lloró la muerte de "Joselito"

SI todos los santos tienen octava, ¿por qué, en este año actual del cincuentenario de «La Revoltosa», no entrarme de rondón en mis rimeros de apuntes y transcribir aquella especie de entrevista que no se ha publicado y que mantuve en Buenos Aires con don José López Silva hacia 1921? Se me antoja que vale la pena porque fué una conversación casi toda de cosas taurinas y porque, además, vi llorar por primera vez a aquel madrileño sentimental, sensible y sensitivo que, en colaboración con Carlos Fernández Shaw y el maestro Chapí, dió pujanza y brío a la casticísima «Mari-Pepa».

Estábamos allí, en el Café Royal, o Royalty, no recuerdo bien, de la bonaerense calle Sarmiento, López Silva, Antonio Viérgol (que popularizó el seudónimo de «El sastre del Campillo»), Pascual Ayllón, virtuoso del violoncello, el periodista Agudiño y quien estas líneas traza. Un sexteto de señoritas amenizaba de diez a una la prima noche «cafetera», y la pañosa de don José —hongo perenne e imperecederas patillas de majo— irisaba su embozo carmesí y azul bajo los voltaicos del salón.

Nos quedamos solos una noche el ilustre sainetero y yo, y fué entonces cuando el nombre de España se le hizo flor en los labios y cuando la silueta de la desaparecida Plaza de toros vieja se animó en la frase madrileñísimamente recortada, del coautor del libreto de «La Revoltosa».

—¡Ay, mi Madrid! —exclamó—. ¡Mi España inolvidable! ¡Mis tardes de toros por la calle de Alcalá adelante, en coche abierto, con mantones de Manila en las capotas de los milores, escarapelas en las crines de los troncos, ruido de colleras y enjambre de caras bonitas!...

—Es muy natural que eche usted de menos a Madrid. ¡Lleva usted aquí tantos años!

—Muchos, es verdad, muchos. Pero, mire, es que las tardes de toros de Madrid, del que yo tengo metido a berbiquí en el corazón, tan sólo las iguala Andalucía. ¡Cuánto me acuerdo de las estocadas del «Algabeño», del rumor de tragedia que estalla en los tendidos apenas se perfila «Machaco», de la sonrisa del «Bomba», de la vistosidad de los caballeros en Plaza!...

—¿Cuentá entre sus amistades la de algún torero, don José?

—¡Vaya que sí! Fuí muy amigo del Guerra, el que hablando de «Lagartijo» no se cansaba de repetir: «Verle «jacé» a aquel hombre «er pazeíyo», valía «er» dinero». ¿Sabe dónde conocí a «Guerrita»? En el tentadero de Urcola. ¡Qué torerazo, camará! Eso que decían de que los ganaderos cuidaban algunos de sus toros como si fueran oro molido destinándolos a Rafael, a mí no me parece ni exageración ni mentira. Fuí también amigo de Luis Mazzantini, el amo del volapié; le vi matar un saltillo arrancándose con tal ímpetu que el estoque tropezó en hueso y se quebró por la empuñadura. Traté bastante a «Conejito» y a «Agujetas», ¡al abuelo «Agujetas»!; él y «Badila» —«Badila» me regaló un «águila imperial» que me fumé en quince minutos escasos— ponían cátedra en la suerte de varas sacando ilesos los potros... Cuando Ruperto escribía el dúo de «La Revoltosa» y Carlos y yo escuchamos algo de la partitura, auguré el rotundo éxito de la música al marqués de Santa Ana, en una barrera del 10. Luego Santa Ana fué director de «La Correspondencia».

—¡Lástima de que no haya usted visto torear a «Joselito» y a Belmonte!

López Silva no se da por aludido y le tiemblan un tantico las mandíbulas. Al cabo de unos instantes reacciona a medias, y balbucea:

—No, no les he visto... La muerte de José me ha impresionado lo mismo que si la hubiera presenciado en la Plaza... Leí los despachos telegráficos y las informaciones de los diarios españoles tan acongojado como ahora lo estoy... No lo puedo remediar... ¡Pobre José! Para su hermano Rafael debe haber sido un golpe muy duro del que no se consolará nunca.

A don José se le iba mojando y rompiendo la voz:

—No hay perdón para ese... inconsciente que le gritó en Madrid, la tarde anterior al drama, que ojalá le matase un toro en Talavera, ni hay tampoco disculpa para ciertos públicos... Cayó junto al 2; ¿verdad?, al arreglar la muleta, y como Sánchez Mejías no vió la cogida, llegó tarde al quite... ¡Pobre muchacho!...

Y mientras un lagrimón pleno de ternura, bondad, caridades y emociones resbalaba desde los párpados de don José a la taza ya vacía, un parroquiano próximo, que no tenía ni noción de quién pudiera ser este señor de hongo, capa, puro y patillazas perdurables, entregó al camarero una tarjeta encargándole se la pasase a la joven directora del sexteto. En el dorso de la tarjeta, el cliente había escrito a lápiz: «¿Tienen ustedes la bondad de interpretar «La Revoltosa»? Gracias».

Don José López Silva

Julio Antonio

Dramatismo de la frase "¡Gánale el pitón!"

UNOS cuantos chicarrones, todos jovencísimos, proyectaron para aquel día de asueto una jira a San Sebastián de los Reyes con el propósito de asistir a los «embolaos», me parece que anunciados como espectáculo sensacional de la feria del pueblecito. Las tres leguas de viaje se hicieron en tartaneta, un carricoche casi de juguete y de menos apariencia que la tartana; pequeñito de caja el carruaje, los seis excursionistas se apretujaban furiosamente dentro del vehículo, tirado por un solo caballo bayo, «Júpiter» de nombre, muy fuerte, muy galopador, adquirido en lote de ganado equino de desecho puesto a la venta por la Remonta.

Ordenó el Destino que a la media hora, y en pleno ritmo de posta, crujiesen los muelles del coche, y quieras que no, los seis hubieron de descender más que de prisa, invitados por el malhumor del amo de la tartana, quien tardó en reparar los flejes de las ballestas sesenta minutos largos.

En la lejanía pastaban unos bueyes, y nuestros seis chicazos se les aproximaron, alegrándoles con los pañuelos. Mucho celebró el cuidador aquella broma de los mozalbetes, y les instó a que continuaran con sus gestos toreriles sin miedo ninguno, a no ser que los señoritos deseasen ver de lo que era capaz el «Capirote», un buey de descomunal alzada, cuyo cencerro se oía en dos kilómetros a la redonda, y que ya se desmandó una vez, causando víctimas en los habitantes de los aledaños. Renunciado ese honor por los seis, apiñáronse de nuevo en la tartaneta, y hala que hala, galopó el bayo en busca de San Sebastián de los Reyes, con un regocijo en la galopada que fuera envidia de los pura sangre si no lo malogra otro crujido que torció el coche por habérsele desencajado una de las ruedas.

Sustos, rezongos, impaciencias, malos auspicios, vuelta a descender los viajeros, vuelta a quedarse en mangas de camisa el de la tartaneta, disgusto general... y toros, ¡toros de lidia, a cien metros de distancia!

Consternación. Los seis portaestandartes de la bullanga se transformaron en seis muñecos de piedra.

Cabe aquellos contornos corría el Jarama, y en sus aguas mirábanse la testuz como en un espejo los toros bravos. Descansaban unos, se peleaban otros; otros, cuadrados, sacudían la cabezota, y los seis amigos fuéronse apartando quedito, en un retroceso insensible, al abrigo del coche, suplicándole al tartanero que no diera golpes de martillo para no llamar la atención de los toretes, y pasando un rato de terror pánico indecible hasta que la rueda estuvo encajada en su eje y el coche en disposición de reemprender el viaje.

Uno de los seis embutidos en el rodante cajón observó tímidamente:

—Aquel toro que estaba de pie no es de la ganadería de San Diego de los Padres, naturalmente que no; pero se asemeja como un huevo a otro huevo al que mató en Méjico a Antonio Montes.

—¿Y tú, qué sabes, si no habías nacido?—le espetó a boca de jarro el chicarrón número tres.

—Me lo contó un mejicano que comía a diario con Antonio Fuentes, y como Fuentes era uno de los tres espadas contratados para esa corrida...

—¡Ah, sí? Pues cuenta, cuenta—le apuró el número cuatro con la anuencia de los números uno, dos y cinco.

Puso el tartanero al trote su caballo bayo, aplicó el oído según pudo, y el número seis contó lo que sabía:

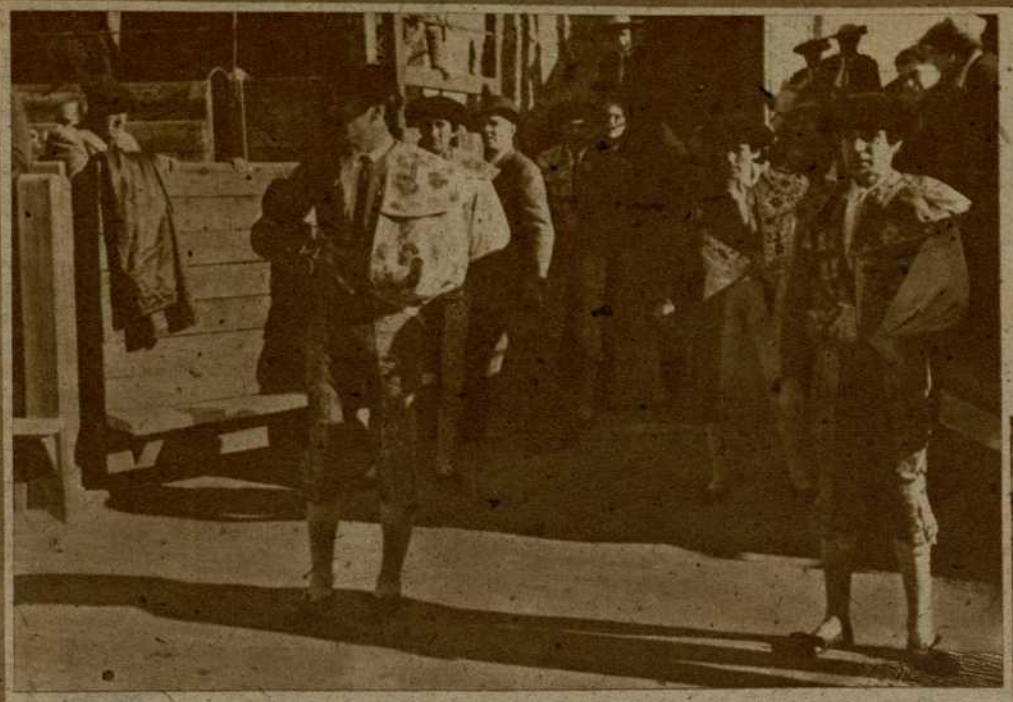
—El mejicano ése lo vió todo. A Antonio Montes —que no dejó en Madrid un cartel muy envidiable, porque toreó poco y con suerte muy adversa— le tocó la bola mala. Montes muleteaba castigando una barbaridad, y si hay que reconocer que al arrancarse mirando al morrillo se enmendaba siempre —defecto del que un lidiador en boga, y de los más encariñados con Montes, hacía responsable al público, porque, a su juicio, si en vez de aplaudir o censurar alternativamente este fallo del matador no lo tolerase ninguna, el matador acabaría por corregirse—, también hemos de confesar que Montes alcanzó seguridad con el estoque y dominio con la muleta. La tarde de su percance definitivo —¡como que le costó la vida!— le correspondió un toro resabiado y poderosísimo, de estampa igual a la de ese del Jarama. La afición de Méjico notó que el cornúpeta se vencía del lado derecho, vicio que el matador no pudo quitarle, y eso que trabajó sudando a chorros para ahormarlo. Cuadróse el animalucho, se perfiló Antonio, y en ese punto, matemáticamente, al unísono, movidos por idéntico impulso, sus compañeros —Bombita y Fuentes, para que no se me tache de omisor—, le gritaron: «¡Gánale el pitón!», pues presentían el desenlace. Montes o no lo oyó, o no hizo caso, o atendió más a su amor propio; la cosa fué que enterró el estoque en los rubios a la par que el cuerno le horadaba las carnes. Y no hubo más. Los elegidos de los dioses mueren jóvenes.

ENRIQUE DEL VILLAR

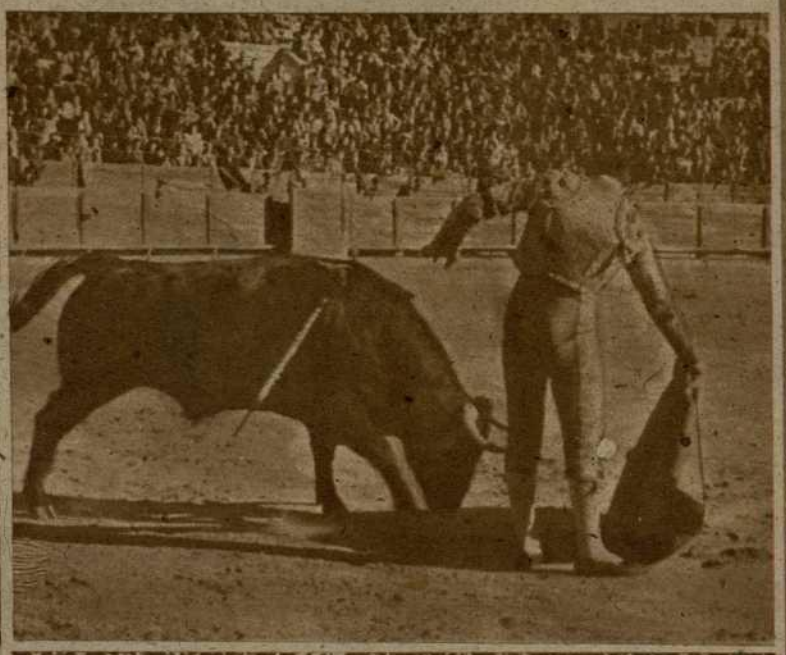
LA ULTIMA CORRIDA DEL AÑO

Se celebró en Tarragona el pasado domingo por la mañana

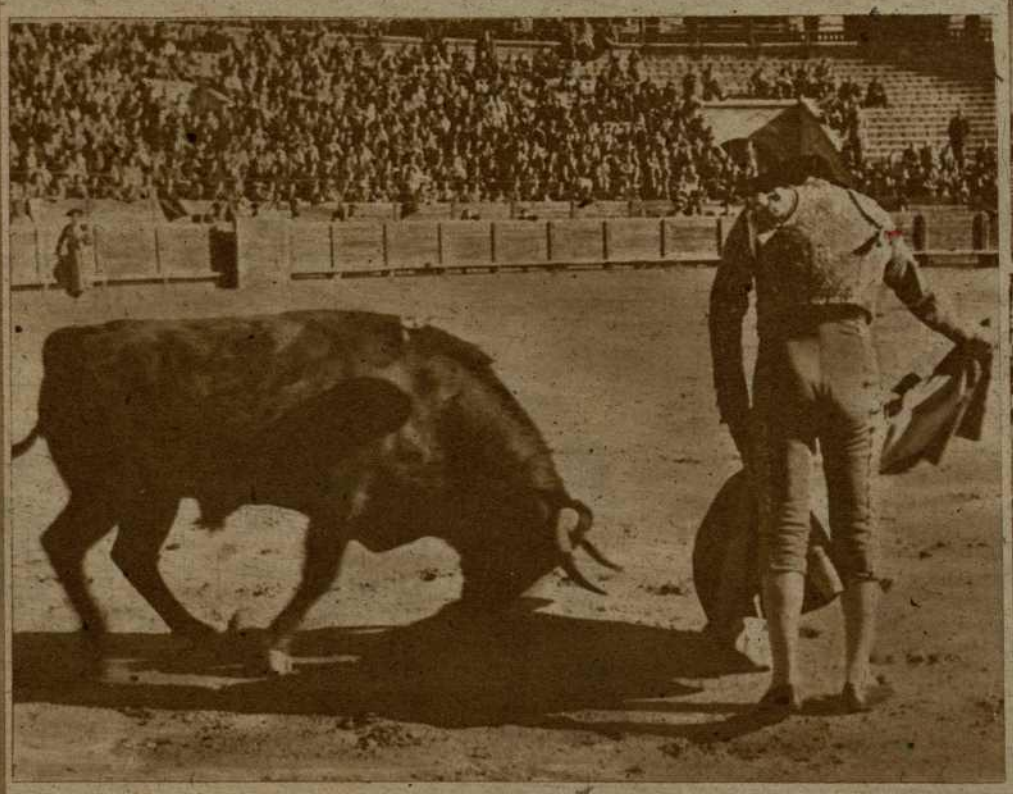
Mario Cabré, único matador, despachó cuatro toros de Martínez Elizondo



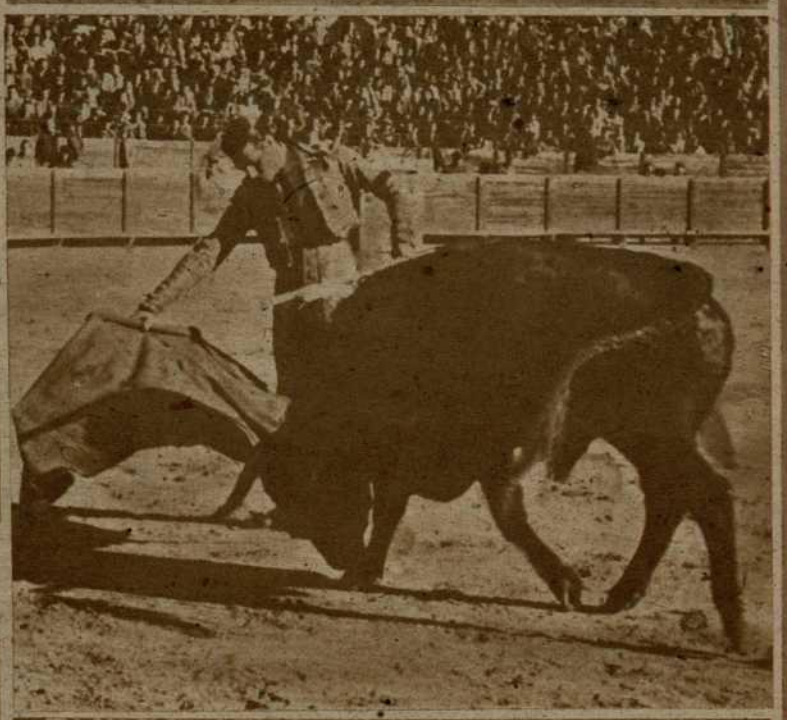
Mario Cabré, único matador de la última corrida del año, momentos antes de hacer el paseo



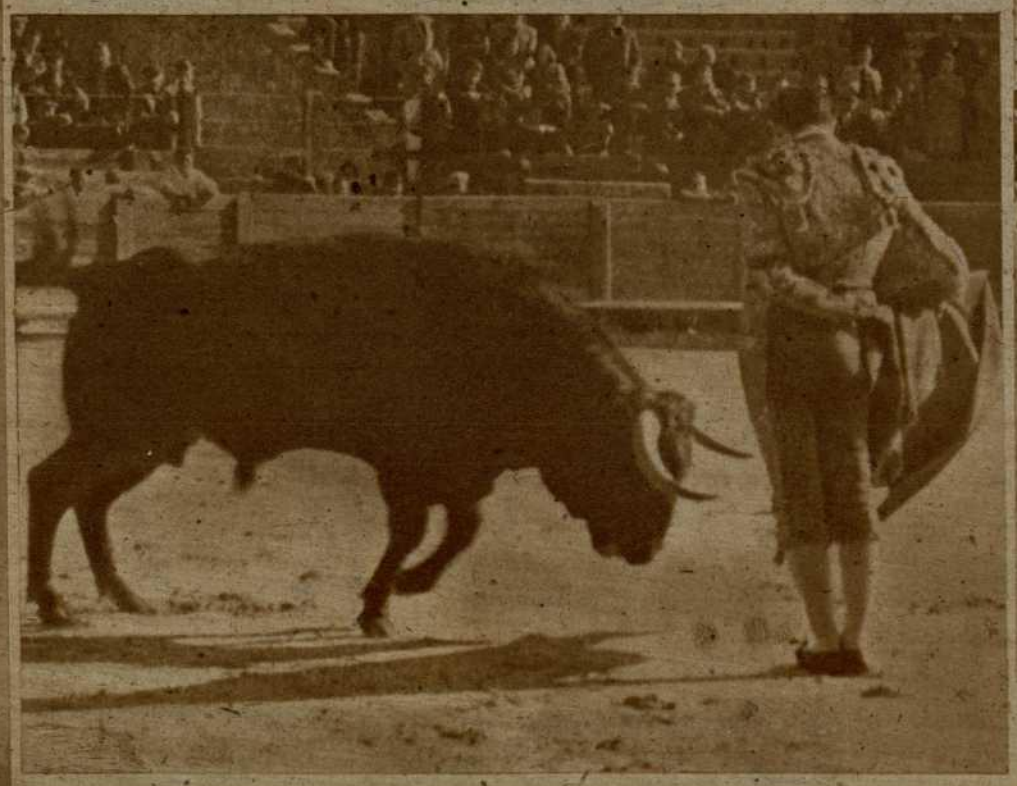
Un buen muletazo con la derecha del torero catalán



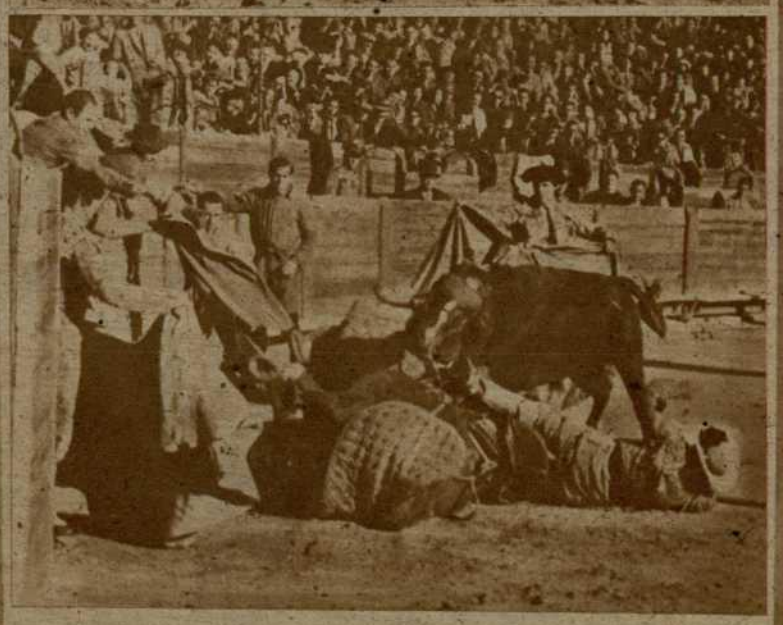
Mario Cabré toreando de capa a su primero



Mario Cabré toreó muy bien con la muleta. Otro pase con la derecha



En su faena de muleta, Cabré toreó por manoletinas

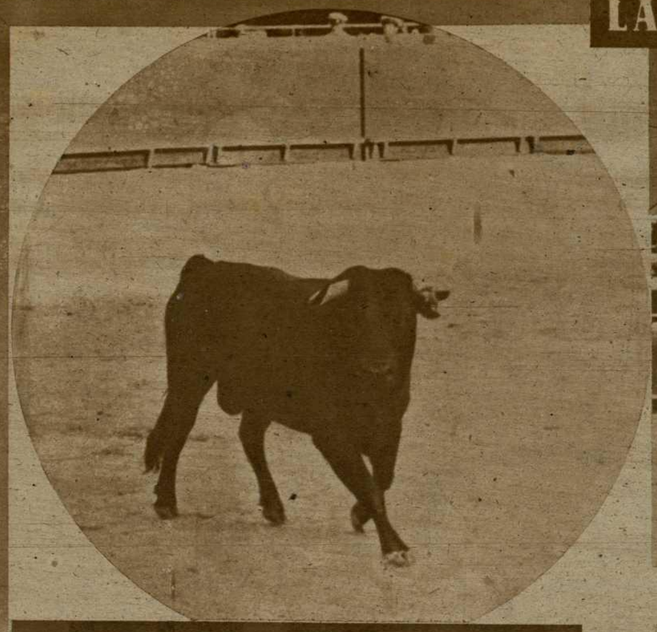


Una espectacular caída al descubierto (*Fotos Valls*)

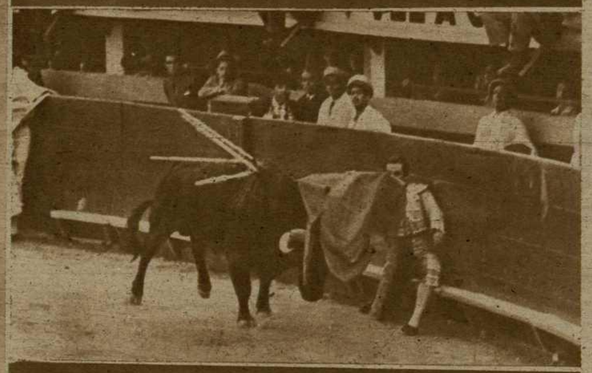
LA TEMPORADA DE CORRIDAS DE TOROS EN MEJICO

El día 7 de diciembre se inauguró la Plaza "El Toreo", recientemente reconstruída, y en ese día se presentó ante sus paisanos Arruza, que alternó con Fermín Rivera y Antonio Toscano

Dos de los toros fueron de Pastejé y cuatro de "La Punta"

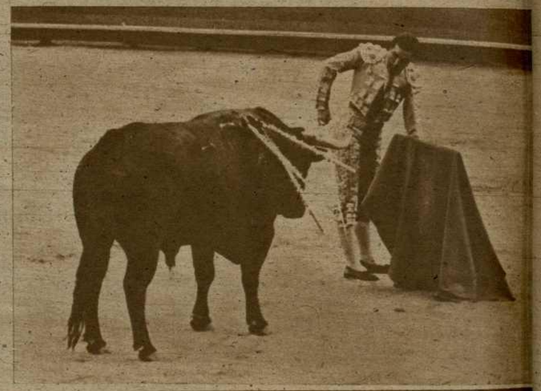


El primer toro de la corrida, de la vacada de «La Punta», se rompió el cuerno izquierdo contra un burladero. Fué devuelto al corral y sustituido por uno de Pastejé, que salió suave y dió buen juego



Fermín Rivera comienza su faena al primero con un pase sentado en el estribo

Fermín Rivera estuvo muy voluntarioso. Aquí le vemos clavando un buen par de banderillas

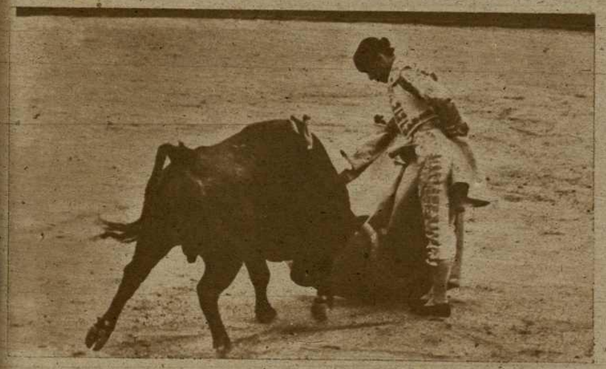


Rivera intenta torear al natural con la izquierda

Fermín Rivera en un pase con la derecha

Al fin, Rivera, que fué muy aplaudido, coloca un buen pase de pecho

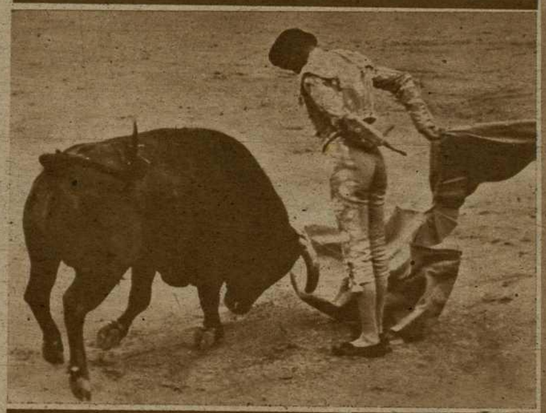
Rivera da la vuelta al ruedo



Un par de banderillas de Arruza

Arruza comenzó así la faena de muleta a su segundo toro

Arruza contempla desde la barrera cómo sus peones corren a su primer toro

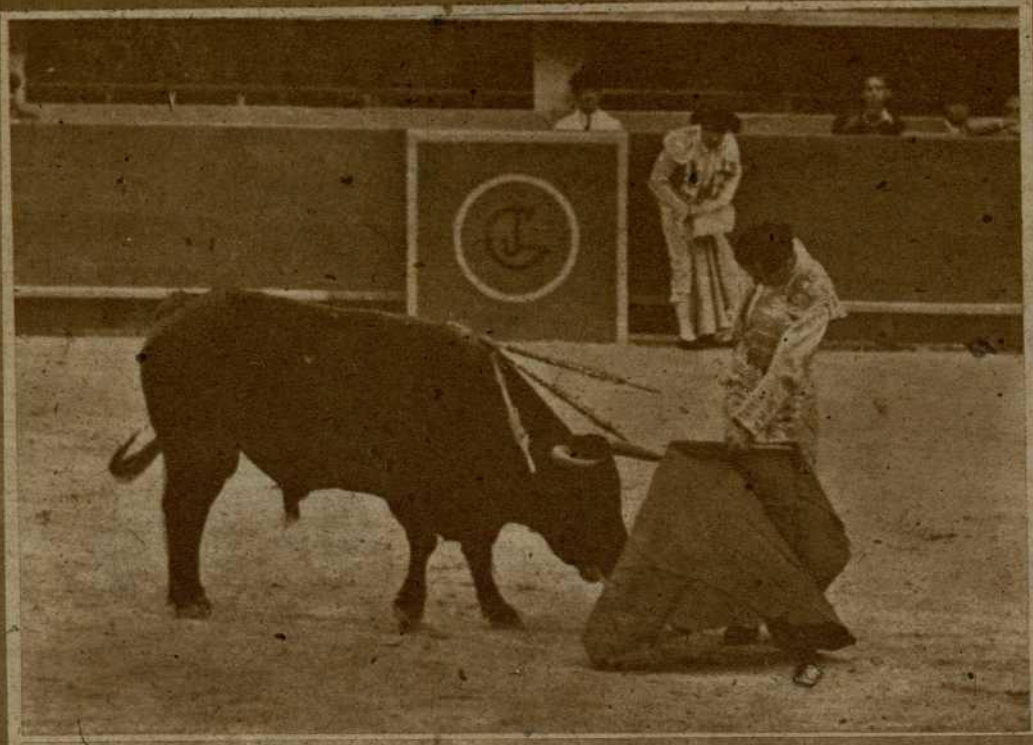


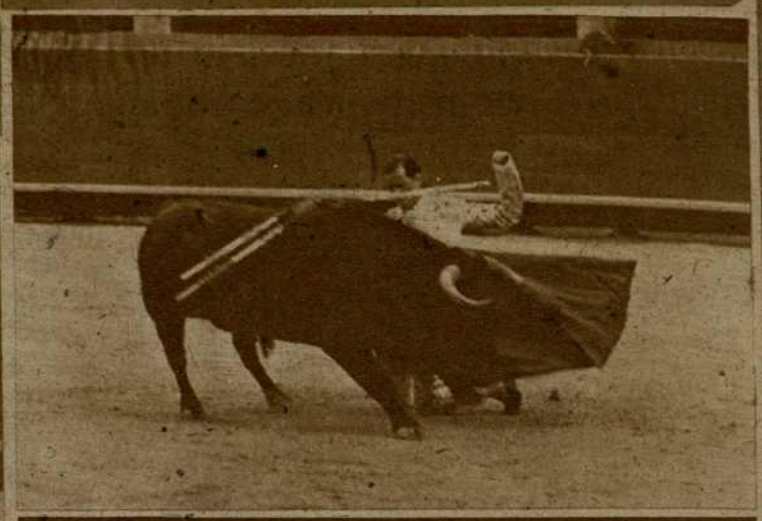
El primer quite lo hizo Arruza con lances de frente por detrás

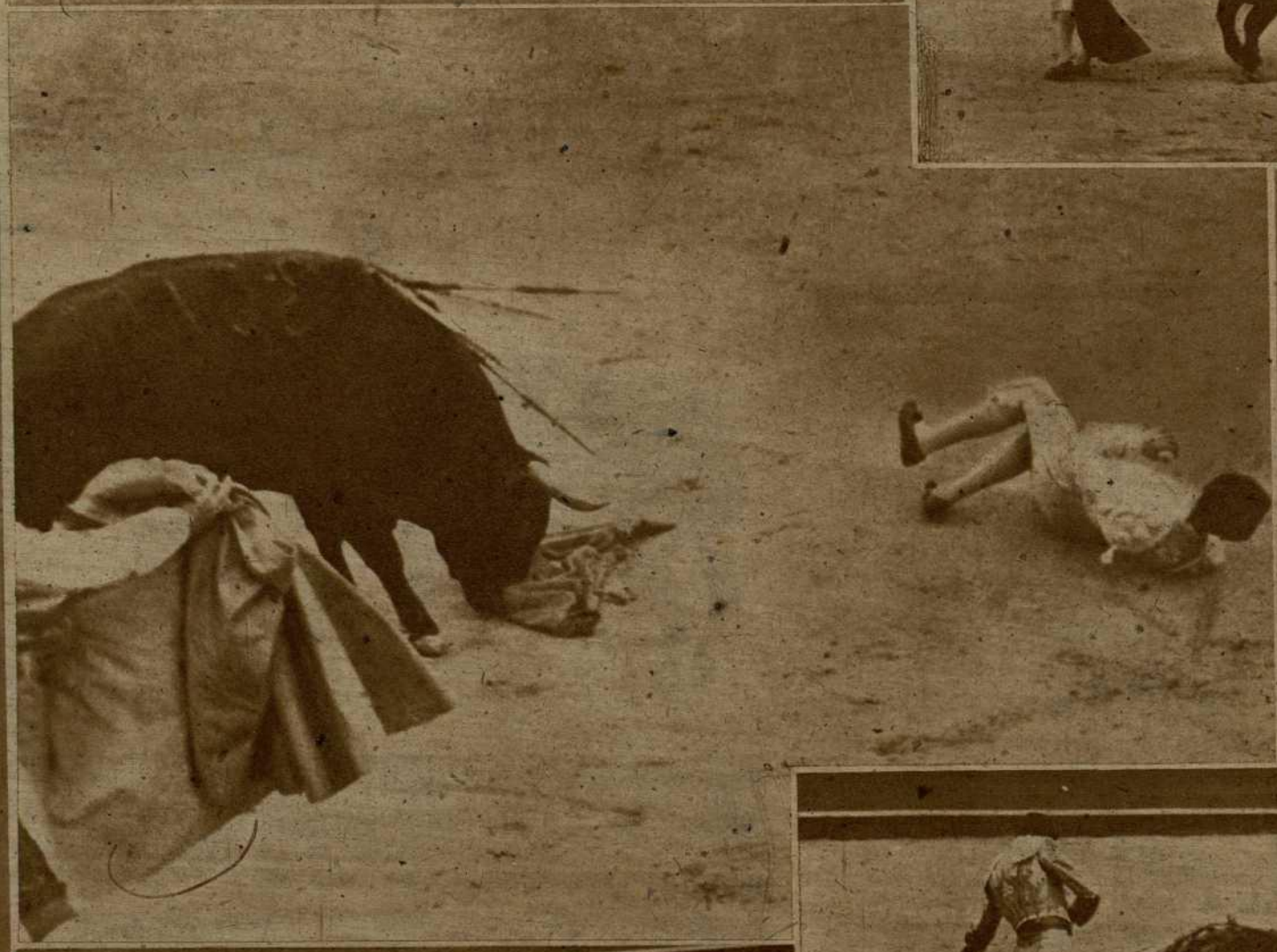
El remate del primer quite de Arruza

(Fotos Cifra-Esto, exclusivas para EL RUEDO)

Más información gráfica de la inauguración de la Plaza de «El Toreo»

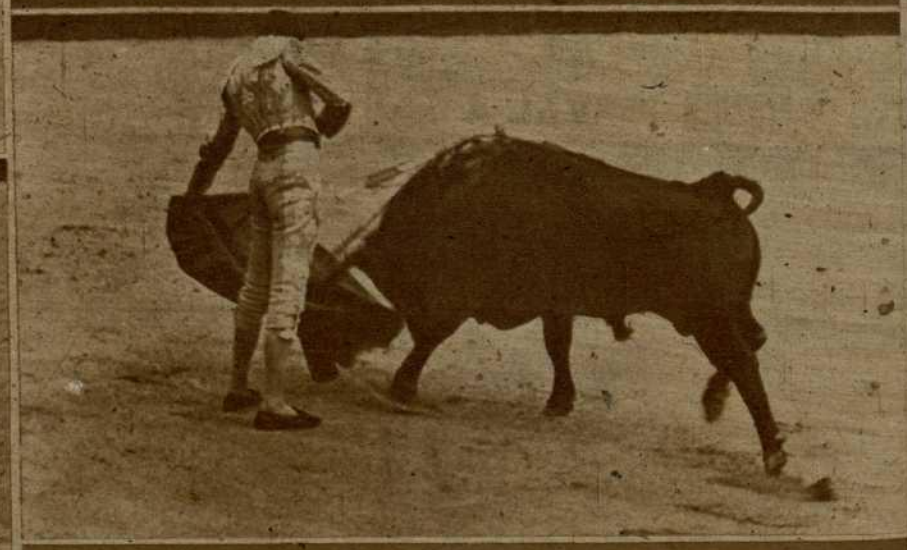




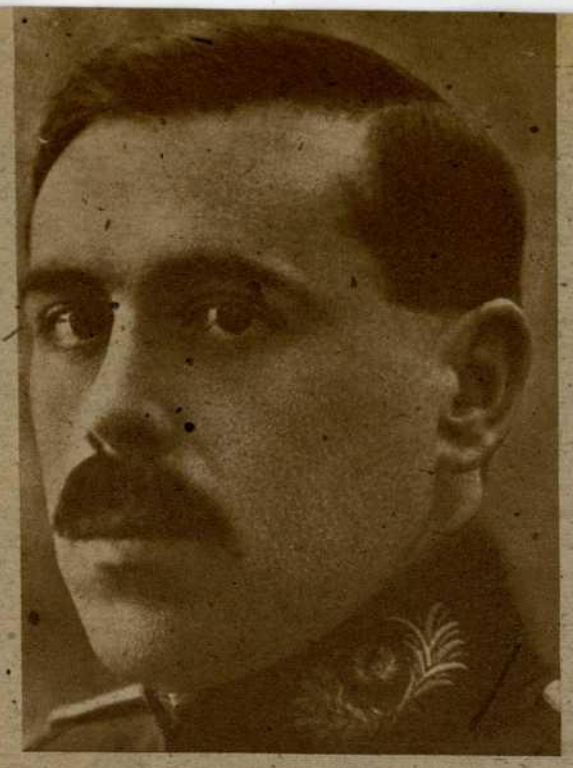


Momentos de la faena de Arruza a su segundo toro

Toscano no tuvo buena tarde, pese a sus buenos deseos. A los pocos momentos de empezar su faena de muleta perdió el equilibrio y él mismo se hizo el quite, rodando por la arena



Dos pases naturales de Antonio Toscano
(Fotos Cifra-Esio, exclusivas para EL RUEDO)



ESCRITORES TAURINOS

Fernando Gillis Mercet, "Claridades"

Por encargo de Pascual Millán, «Varetazos», escribió su primer artículo sobre temas taurinos

Defendió con todos sus entusiasmos el toreo de Juan Belmonte, y fustigó con el mayor encono el de Rafael «el Gallo»

Durante su permanencia en la Academia Militar actuó como matador en diversos festivales

AUN sigue manteniéndose la vieja costumbre —que de desear es no se pierda, como tantas otras, en lo taurino— de que los críticos de determinados diarios y revistas se desplacen, en señaladas fechas, a las ferias más importantes para informar a sus lectores, con mayor o menor amplitud, festejo tras festejo, de cuanto han hecho o han podido hacer los espadas, y del juego dado por las divisas lidiadas.

Y Fernando Gillis, "Claridades", cual otros cronistas madrileños, un día de agosto de 1915 se ausentó de Madrid, en viaje a las Plazas del Norte, para dar cuenta a los lectores de "El Mundo" de cuanto viera en aquellas famosas y tradicionales corridas, bien ajeno, cuando el tren se puso en marcha, de que en tan pintoresca e industrial región habría de acabar su vida de escritor taurino.

Podría referir sucintamente a los lectores de esta revista el motivo que originó su apartamiento definitivo del periodismo; mas, por juzgarlo de mayor interés, he preferido reproducir lo que, para justificar tal decisión, escribió, algún tiempo después. Dijo así:

"Una tarde viajaba yo en un tren a Bilbao; iba a presenciar sus famosas corridas de feria, en las que el diestro de Triana alternaría con los hermanos "Gallo" y "Cocherito", en el segundo año de matador de toros. En una de las estaciones del tránsito subió al vagón, en que yo iba dormitando, un mocetón con tipo de campesino vasco; en la marcha trabó conversación con los otros viajeros.

—Miren ustedes cómo andará ahora la afición —se condolió—, que permite que alterne con unos toreros como los Gallo a ese "mamarracho" de Belmonte, que donde únicamente torea ése bien es en la Prensa. Sé lo que le costó la temporada pasada el pasar por fenómeno, y conozco mucho a un revistero que viaja con él. Se apoda "Claridades".

Abrí los ojos desmesuradamente y me dirigí al farsante aseverador:

—¿Usted conoce bien a "Claridades"?

—Ya lo creo, muchísimo.

—Usted es un embustero. Usted no conoce ni de vista a "Claridades", porque soy yo.

Quedó cortado el que yo creía payés, tartamudeó unas disculpas, y yo le expliqué quién era y cómo ganaba mi vida. En aquel momento decidí retirarme del revisterismo taurino.

Después, en Bilbao, me enteré de que el mocito de marras era uno de esos tantos gañapanes que pululan alrededor de los toreros para explotar su admiración..."

* * *

Nacido en tierras de Almería el 2 de mayo de 1878, apenas cumplidos los veinte años, Fernando Gillis Mercet abandonó el hogar paterno para trasladarse a Avila, en cuya Academia Militar hizo su ingreso el 2 de julio de 1898, y de la que salió el año 1901.

Un buen día organizóse entre la gente joven una de esas becerradas benéficas que suelen romper, con su bullicio estrepitoso de tarde en tarde, el augusto silencio de estos arcaicos y nobles lugares de Castilla, y la casualidad hizo coincidiera en Avila el admirado y temido revistero Pascual Millán, "Varetazos", redactor de "Sol y Sombra", que, como "Claridades", había abrazado —aun cuando fuera por corto número de años— la carrera militar.

Y por su gran afición a los toros, como buen andaluz, Fernando Gillis fué designado para matar uno de los becerros, trance del que salió tan airoso, que le valió nuevos "contratos" para sucesivos festejos. Pascual Millán, que había sido testigo de esta primera actuación, le dijo al día siguiente:

—Usted, que es un buen aficionado práctico y además le agrada ser escritor, ¿por qué no se hace crítico taurino? Nada, nada, escríbame un artículo para "Sol y Sombra".

Uno y otro cumplieron su palabra. Gillis Mercet comenzó a escribir para el citado semanario una serie de reseñas de corridas celebradas en tierras abulenses, firmadas por "Factorías", seudónimo con que le bautizó Pascual Millán.

Y siguiendo la norma que me impuse, al comenzar la publicación de estos apuntes biográficos sobre escritores taurinos desaparecidos, de intercalar en ellos, por lo menos, un fragmento de cualquiera de sus trabajos, reproduzco a continuación unas líneas del que lleva por título "El tendido del 2", que "Claridades" escribió para el semanario "Los Toros", publicado el 4 de mayo de 1910:

"... Y vamos con el tendido 2."

En él vivió ese chispero insigne que hizo sonar en notas del pentagrama el alma toda madrileña, el inmortal maestro Chueca, toda su vida de aficionado a toros. Desde el tendido 2, provisto de su máquina instantánea, sacó las pruebas de sus censuras justas a casi todos los diestros actuales.

¡Pobre don Federico! Su alma grande de artista le llevó a disculpar defectos casi siempre.

López Silva y Casero, los dos populares *gatos* que, con el maestro genial, formaban el triunvirato formidable de cantores del pueblo madrileño, acuden también a este tendido. Y junto a mí, en las tardes en que en Madrid se encuentra Benlliure, el insigne escultor que ha ensalzado la Fiesta con sus bronces e inmortalizado con su cincel glorioso faenas de nuestros diestros principales, bosqueja sus apuntes.

Un poco más allá, Muñoz, el saladísimo "N. N.", cordobés honoricio y colateral algecireño, halla siempre algún dicho gracioso que oponer a las faenas que presencia. Sólo si un cordobés se halla con un *toraco apencado*, suele decir, malhumorado:

—¿No véis? Si tiene el alma mía las de diez gatos en el buche.

Y en una veintena de asientos, todos próximos, Francos Rodríguez, nuestro ilustre alcalde; López Ballesteros, el notable periodista que tiene la dirección de "El Imparcial"; Llanecés, el pintor afamado, que ostenta el "cualquier tiempo pasado fué mejor" como su lema de aficionado a toros; Roma, Clavo, Peláez, el nuevo ganadero, poseedor de una voz a lo Tita, que luce extensamente si sale un toro manso; "El Barquero", con su ayudante Aceña, el Maura de la frase taurina; Tejero y el maestro Calleja, que rivalizan en chistes pateables; Dicenta, Viérgol, Gabaldón, Carreras, Nájera, el coronel bizarro que hoy manda en nuestra Corte un regimiento, y otra porción de hombres, todos conocidísimos y casi todos con el ilustre por delante. ¡Nada!

Del tendido 2 han salido, y seguirán saliendo, las ovaciones más sinceras y las protestas más temidas por nuestros astros de coleta. De él salió ese famoso Golondrón, dirigido por el *abate* Casero, y que, cantado en seráfico coro, amenizaba las faenas aburridas. De allí partió aquel himno marcial:

Siguiendo así, siguiendo así,
cómo nos vamos a divertir...

que Sánchez Calvo iniciaba oportuno. Del 2 surgió aquella protesta contra los toros de López Navarro, en la que el hoy popular aficionado Ruiz Albéniz dió al toro protestado un quiebro de cintura que dejó admirado a su íntimo, "Bombita". Del 2, por último, partió aquel famoso mensaje en verso, que el ilustre areópago dirigió a Ricardo Torres en uno de sus grandes éxitos, y a propósito de un elegante traje que vestía. El tal mensaje, suscrito por Dicenta, Luna, Muñoz, Benlliure, Caserío, Llaneces, Ramón Casmaño y algunas otras firmas de valor, dice así: "Tú, que muestras tal coraje —en la suerte de matar, — no debías de gastar — ese traje."

Esta broma tuvo su epílogo, como el de los duelos importantes, en casa de Lhardy, en una noche memorable para la historia del toreo, pues en ella surgió a la pública luz aquel equivocado documento que originó el pleito de los Miuras, y que hizo, por impresionabilidad, de nuestro público, que Mosquera ganase unas pesetas y que la temida divisa verde y negra tomase un mayor incremento.

En el tendido 2, por último, tienen su campamento fotográfico Carrión e Irigoyen, dos fotógrafos de *peso* indiscutibles.

¿Quién, al verlos en sus contrabarreras respectivas, se atreve a negar que no va gente *gorda* a ese tendido?"

* * *

Dicho ya cómo llegó "Claridades" al periodismo y por qué se fué de él, añadiré que, destinado a Madrid a terminar sus estudios, sus aficiones taurinas lleváronle a una tertulia de aficionados entusiastas que se reunían en la trastienda de una zapatería de lujo situada en la calle de Alcalá, con salida a la del Caballero de Gracia, de la que era dueño Antonio Sáez, un aficionado de los que "veían" de toros y a la que concurrían, entre otros, el ganadero don Manuel García Aleas, los hermanos Pellón, "Varetazos", y Joaquín Menchero. En aquella peña de amigos conoció a "Dulzuras", quien le prestó su *Jindama*, y para este semanario escribió durante dos temporadas. Fundó, con Gabaldón, Sanabria y Manolo Tovar, un periódico satírico taurino, que bautizó con el título de *Don Jacinto*. Surgió luego una nueva oferta, esta vez por boca de Cristóbal de Castro, para ser redactor taurino de *El Gráfico*, y allí se fué. A partir de aquel día entró en el estadio de la gran Prensa. *El Gráfico*, *España Nueva* y *El Mundo*, dieron al público sus crónicas taurinas, y al correr el año 1912, "Claridades" contaba ya con una gran masa de público lector, no sólo en las citadas publicaciones, sino en los principales semanarios de Madrid y provincias.

Pasados los años, ¡cuánto le dolió haber tenido intervención en aquel mitin que se celebró en los derruídos jardines del Retiro para protestar contra la suspensión de las corridas de toros en domingo! Aquel mitin que —según "Claridades"— fué para Mosquera el maná y para la Fiesta de toros el diluvio.

Fustigó con el mayor encono el toreo de Rafael "el Gallo", y cuando surgió a los ruedos Juan Belmonte, poniendo las cosas en su sitio e invirtiendo los términos, le siguió a cuantas Plazas pudo, para deleitarse con sus faenas admirables, y hoy, cuando lea estas líneas, habrá de recordar, una vez más, aquel viaje que su gran amigo hizo a la feria de Bilbao, última de la que dió fe como revistero.

Durante su corta vida de escritor taurino publicó centenares de trabajos, y por encargo de una editorial, compuso un libro que tituló "*Machaquito*", *el torero de la emoción*, de cuyo diestro era amigo desde chico; de su pluma salió igualmente un folleto que tituló *El arte, en decadencia*.

Fernando Gillis Mercet, teniente coronel de Intendencia, fué vilmente asesinado por la horda roja en las trágicas jornadas de noviembre de 1936, en Paracuellos de Jarama.

JUAN LAGARMA

De izquierda a derecha: Barrionuevo, Fernando Gillis, «Claridades», Manuel Mejías Bienvenida y Cañedo, momentos antes de hacer el paseo en una becerrada celebrada en la Plaza de Toros de Alcalá de Henares

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

FLORIAN REY

DIRIGIRÁ PRONTO UNA PELICULA TAURINA

SALTANDO sobre maderas, rollos de cable y trozos de decorado llegamos al lugar del plató donde, rodeado de actores, operadores y demás elementos integrantes del magnífico engranaje que mueve el motor del séptimo arte, encontramos a Florián Rey. Hace mucho frío para que le distingamos por su indumentaria de director cinematográfico —Florián Rey conserva puesto su confortable gabán—; pero sus menores movimientos delatan el papel importantísimo que desempeña en aquel pequeño mundo artificial, y nos parece presentir, anudados a sus dedos, unos hilos invisibles, con los que mueve a cada gesto las piezas animadas de ese teatro de marionetas humanas que es el cine. Florián Rey dispondrá en seguida de unos minutos de descanso, y ha prometido dedicárnoslos.

Del plató pasamos al bar de los Estudios. Y queda expuesto, si no sobre el metafórico tapete, al menos sobre el mármol del velador, el motivo de nuestra visita a los Estudios.

—He venido a recoger sus opiniones acerca de la Fiesta de toros, y espero que no me defraudará diciéndome que no es aficionado.

—No. Me gustan muchísimo; han sido y son una de mis grandes aficiones. Además, por si le parece interesante, le diré que en mi época de periodista, porque yo también he sido periodista, hice gacetillas y hasta crítica de toros en un periódico de Zaragoza. Me firmaba «Monterilla».

Sabíamos algunas cosas acerca de las actividades del hoy famoso director de películas Florián Rey; pero esto de que hubiera sido periodista y además gacetillero taurino ha sido una agradable sorpresa.

—Eso fué hace muchos años —continúa diciendo—, cuando yo era casi un niño.

—¿Fué entonces cuando se aficionó a los toros?

—No. Ni podría precisar con exactitud cuándo empezó mi afición, porque debió de ser en mi niñez. Mi padre me llevaba a todas las corridas, y durante ellas dedicábase a explicarme todos los detalles y lances que ocurren durante la lidia de un toro. Sobre todo, se ocupaba en dirigir mi atención hacia el toro, lo que es importantísimo para formar una mediana cultura taurina. Me acostumbré a estar pendiente de la cabeza del toro tanto o más que de los movimientos del torero; aprendí a conocer la casta del bicho, a presentir sus movimientos y el momento preciso en que iba a derrotar.

—¿Concede entonces mayor importancia al toro que al torero?

—Creo que el resultado de una corrida depende más de aquél que de éste.

—¿Está usted conforme con el toro de hoy?

—Hay toros de buena casta. Pero deberían estar más cuajados. En cuanto al toreo, prefiero el clásico al moderno. El primer torero a quien recuerdo haber visto es al Guerra. Después vi muchas corridas de «Bombita», de «Machaquito», de «Joselito» y Belmonte, de Marcial Lalanda...

—Y entre todos esos, ¿cuál era su preferido?

—«Bombita».

—¿Y entre los de ahora?

—En todos los toreros jóvenes que actúan actualmente en los ruedos, veo una promesa de gran toreo que, indudablemente, llegará a cuajar. Cada día hay mayor afición por los toros, y esto alentará a los toreros a seguir un camino de triunfos.

—¿Qué corrida entre las que ha visto le ha gustado más?

—Una de «Joselito» y Belmonte que vi en la Plaza de Huesca.

Antes de llevar los toros al terreno cinematográfico, del que tanto puede hablarnos Florián Rey, le hacemos una última pregunta acerca de sus preferencias taurinas.

—¿Qué es lo que más y qué lo que menos le gusta en una corrida?

—La suerte de muleta es lo que más me gusta. En cuanto a lo que menos... No sé; tal vez (creo que es lo único que me desagrada de las corridas actuales) el que los caballos lleven petos.

—Ahora dejemos un momento al aficionado químicamente puro para preguntar al director cinematográfico aficionado a los toros cuáles han sido sus actividades taurinas respecto al cine.

—Hasta el momento, dirigir aquella película que se llamó «Carmen la de Triana». Claro que, en realidad, no es una película absolutamente taurina, que es lo que aun está por hacer en nuestro cine.

—Y que usted ve la conveniencia de realizar pronto, ¿no es así?

—Y, además, por motivos importantes. A los extranjeros les interesa cada día más saber cómo es nuestra Fiesta; en Santander hubo en cierta ocasión dos yates de extranjeros, que fueron allí sólo por ver a «Manolete». Además, convendría realizar una buena película de toros para destruir un poco o acabar del todo la leyenda negra de España, de la que es, en cierto modo, responsable la difusión de películas de ambiente español, principalmente de ambiente taurino, realizadas fuera de España de manera inexperta, con un desconocimiento casi total del ambiente y costumbres. Creo que ha de tener gran importancia el proyectado Concurso de guiones taurinos que va a celebrarse próximamente. Era necesario hacer algo así para favorecer la difusión de una fiesta española sin igual y para estimular la producción de buenas películas nacionales.

—¿Tiene usted proyectada la realización de alguna sobre este motivo?

—Sí; una cuyo guión está hecho en colaboración por Ochaíta y por mí, y que se llamará «Ronda ya tiene torero».

—¿Biográfica?

—No; se trata de la vida de un personaje imaginario, con rasgos y características de toreros reales, entre ellos de Pedro Romero.

—¿Tiene usted alguna anécdota que contar del rodaje de la película taurina «Carmen la de Triana»?

—Ya sabe usted que parte de esa película fué realizada en Berlín. Lo más pintoresco ocurrido allí durante el rodaje fué que tuvimos que disfrazar de toro bravo a una pacífica y gorda vaca, porque en aquellas tierras no encontrábamos un buen toro ni para un remedio. Para obtener un primer plano la pusimos unos cuernos postizos, que le prestaban, por cierto, muy fiero aspecto, y otros accesorios necesarios para su perfecta caracterización.

—¿Quién toreó en aquella película?

—Fuentes Bejarano.

—Bueno; un poco de paciencia, que va la última pregunta, con la que acabaremos de exprimir el jugo a sus minutos de descanso:

¿Cuál sería su mayor ilusión de aficionado a los toros?

—La mayor de todas sería tener un gran cortijo, en el que pudiera dedicarme a la cría de toros de lidia y ofrecer a mis amigos fiestas campestres.

Nos complacemos en imaginar ese gran cortijo de Florián Rey, en el que es seguro que, además de toros y vacas, tendría los aparatos y condiciones necesarios para, en un momento dado, realizar la más perfecta película de ambiente taurino.

PILAR YVARS

1897.—Epoca del «Guerra». En esta época ya se hablaba del toro chico

MAS PALABRAS DE AYER

1917.—Epoca de «Joselito» y Belmonte. En esta época también se hablaba del toro chico

Y también de hoy.

No estará de más dar un segundo golpe a lo que se escribía del toro hace cincuenta años; porque, dígase lo que se diga, y piénsese lo que se piense, el toro ha sido, y es —no me atrevo a decir lo será—, el personaje principal, el verdadero protagonista de la Fiesta, que por algo se la llama taurina y no "torerina". La diferencia entre ayer y hoy está en que antes se estimaba, se valoraba más y mejor la importancia que el toro tiene, y la constante preocupación del aficionado y del escritor taurino eran la edad, la lámina, el peso, el trapío y la bravura del toro, en torno del cual giraba todo lo demás. Antes, el toreo era bueno o malo en relación con el toro, punto de referencia para juzgar lo que con él se ejecutaba.

La inmensa mayoría de los artículos que Sánchez de Neira incluye en su Diccionario están dedicados al toro, a la defensa del toro, frente a los picadores, los peones, los matadores, el mismo público y hasta los propios ganaderos. Frente a los eternos enemigos del toro. Porque resulta que sí es verdad que siempre ha ocurrido lo mismo y que idénticas quejas se han lanzado en todos los tiempos. Pero con la salvedad que ya hice en mi artículo anterior, de que si siempre se ha estimado que lo actual era peor que lo pasado, hay que reconocer que estamos ahora en el escalón más bajo. Y como no basta afirmarlo, ahí van hoy esas fotografías, por si hace falta demostración en lo que se refiere al caso concreto del tamaño del toro. Y no se me diga que he elegido las excepciones de las tres épocas a las que las fotos pertenecen. Toros chicos se lidiaron, sin duda, en tiempos del "Guerra" y en tiempos de "Joselito" y Belmonte, y toros grandes se lidian en los tiempos actuales. Pero concédase que, en las dos épocas anteriores, el toro chico era un cierto alivio en Plazas de poca importancia, y convengamos en que ese último toro lidiado en Barcelona este año por Rafael Llorente —al que hirió, por cierto, de gravedad—, y que pesó nada menos que 391 kilos (34 arrobas), no es el toro corriente en los tiempos actuales.

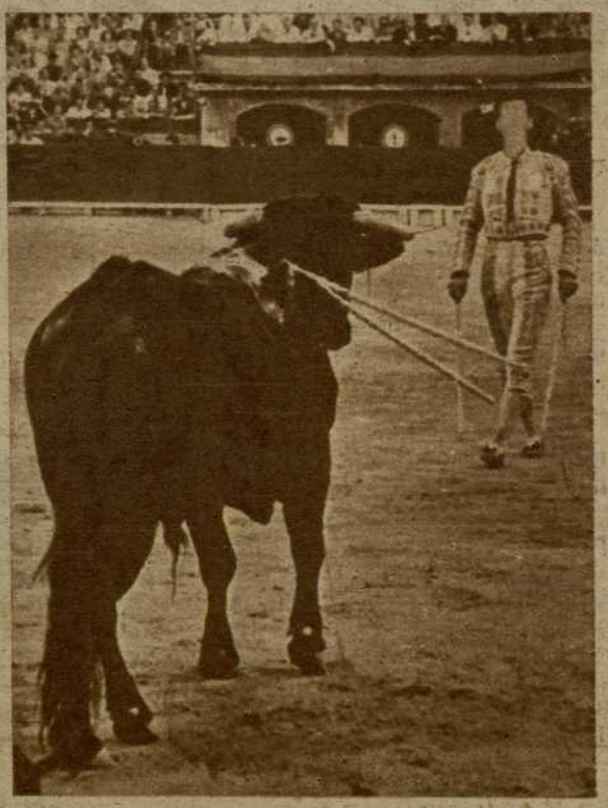
Y vamos ya a copiar más palabras de Sánchez de Neira. En su capítulo XXI, titulado "¿Hay toros?", dice: "¡Vaya si los hay! Y de las tres B B B, "buenos, bravos y boyantes", como los ha habido cuando no pedían ciertos toreros bichos terciaditos, "buenos, bonitos y baratos", y como los habrá siempre que la lidia que con ellos se efectúe sea franca, leal y exenta de ardides mañosos, con los que se engaña al público ignorante. Que haya verdad en el toreo, que los "destroncadores" de oficio, cumpliendo su obligación, abandonen la senda que en mal hora emprendieron, y ya se verá que hay toros buenos y valientes."

Más adelante, recordando "el juego que daban los toros lidiados hace cuarenta o cincuenta años", añade: "En esto consiste la mayor o menor pujanza de las reses. A una, que se le clava la garrocha en las paletillas; a otra, que se le rasga despiadadamente. ¿Cómo puede creerse que ofrezcan resistencia sin perder la voluntad? Aun picándolas en lo alto y sin zurcirlas, el romaneo que sufren en las astas y en la cabeza les produce cansancio, aniquilando su poder, y por eso, toros que tomarían veinte varas, si se les picase bien y con arte, no toman ocho, y todavía nos parecen muchas".

Leyendo a Sánchez de Neira se descorazona uno. Porque, cuando más ilusionados estamos, al enterarnos de que él dice lo mismo que decimos nosotros, nos encontrámos, por ejemplo, con eso de que toros que tomarían "veinte" varas, sólo toman "ocho". Ante esto, tengo que hacer mi preguntita a los aficionados modernos: ¿Qué diríamos hoy si viéramos tomar a un toro "ocho" varas? ¡Ahora que, al segundo puyazo, hay que tocar a banderillas!

Esto sí que no hay quien lo niegue. Se han ido bajando escalones. De las veinte varas se bajó a las ocho; de ahí, descendimos a las cinco, y hoy, con dos o tres nos contentamos. De esto a la supresión de la suerte de varas no hay más que un paso..., si no viene la reacción. Y de esto de la reacción habla también Sánchez de Neira. Y lo que él dice de esto sí que puede copiarse sin que haya necesidad de quitar nada, porque parece escrito hoy, sin ninguna frase que nos vuelva de pronto a la realidad, comprendiendo que se escribió ayer.

Dice así en el capítulo XLVII, titulado "¿Vendrá la reacción?": "Indudablemente ha de venir, y tal vez más pronto de lo que algunos creen. Al continuado abuso de la paciencia del público —que es el que, con su tolerancia, por no darle otro nombre, ha tenido la culpa de que el Arte se mixtifique y adultere, hasta el punto de que parezca distinto de lo que es en sí —ha de sustituir forzosamente el planteamiento del toreo clásico y legítimo, exento de los golpes de efecto y supercherías, que, con gran daño, se han enseñoreado de nuestras Plazas hace ya tiempo. El público, si no todo, gran parte de él, empieza ya a ver claro. Ya empieza a juzgar por sí, y aunque no se borran pronto los errores de tantos años, día llegará en que esa gente vuelva a fijarse en los preceptos escritos, y comprenda cuán grande diferencia hay entre lo que es realmente artístico y lo que sólo es aparente y falso. Tan señalada es la tendencia que viene iniciándose en favor del toreo verdad, que no hay más que reparar en algunos actos de los lidiadores actuales para convencerse de que, poco a poco, llegará una época, si no igual, muy parecida a aquellas en que se vituperaba al torero que, olvidando el arte, acudía a trampas y artimañas para deslumbrar a la muchedumbre..." "Pues qué, ¿ha de sacrificarse la manifestación del buen gusto a las extravagantes posturas acrobáticas y gimnásticas, que, aplaudidas y celebradas ahora, nunca fueron admitidas más que en las mojigangas?..." "Ha de costarles trabajo —a los matadores— acomodarse a las nuevas exigencias. Penoso les ha de ser olvidar aquellos lances que, tan a poca costa, les proporcionaron frenéticas ovaciones; pero las épocas no son iguales siempre; el gusto cambia, y aunque haya un tiempo en que domine la corrupción del Arte y éste quede eclipsado, la razón, el buen juicio y la imparcialidad vuelven por los fueros de la legítima pureza de aquél, reaccionando la opinión y colocándola en su verdadero puesto. En toreo somos reaccionarios; muchos que, deslumbrados por apariencias "efectistas", no lo eran, ya empiezan a serlo, y con ellos vendrán otros que discernirán con justicia entre lo malo y lo bueno. Ahora, vean los toreros qué línea de conducta les conviene seguir."



1947.—Epoca actual. Hoy se habla del toro chico, también

Hasta aquí Sánchez de Neira. Nada hay que añadir. Creo que estamos en un momento muy parecido, si no igual, al que sirve de base a los comentarios copiados. Creo que el público reacciona o, por lo menos, "quiere reaccionar". En las manos de los toreros está, en efecto, la vuelta a la pureza y a la verdad del toreo. Felizmente, hay en la actualidad un nutrido plantel de matadores que saben y pueden hacer ese toreo puro y verdadero. Y hasta parece que quieren hacerlo. Pues conque quieran, basta. El público se les entregará. Ya, en la temporada que acaba de morir, el público ha ovacionado con entusiasmo las cosas buenas y ha dejado pasar con más indiferencia las cosas menos buenas y más espectaculares que le entusiasmaron en las temporadas anteriores.

¿Volverán el "toro" y el "toreo"?

ADOLFO BOLLAIN

TOREROS QUE FUERON

EN REALIDAD, SE LLAMO JOAQUIN CAPITA GARCIA

Cuando Joaquín Capa, «Capita», era matador de toros

Joaquín Capa, "Capita", vuelve a Sevilla al cabo de una estancia de treinta años en América

LA noble figura de este hombre ya viejo, cuya cabeza está cubierta por las nieves de los años, trae a la nuestra el grato recuerdo de una época gloriosa del toreo, en la que el espíritu se enseñoreaba sobre la materia y en la que los pleitos internos se resolvían con arrogancia ante la cara del toro y no en despachos, cuya jurisdicción no debe alcanzar jamás las esferas del arte en cualquiera de sus múltiples manifestaciones.

Los toreros de esta época que evocamos apenas si sabían contar el dinero. Sólo les interesaba torear, sintiendo el orgullo de hacerlo donde más peligro hubiera, para de esa forma demostrar, de modo rotundo, su valor. Hoy, por el contrario, más humanizada la Fiesta, se intenta todo lo opuesto.

Este anciano, que hoy vemos encorvado por el peso de los años, fué, hace cuarenta y cinco, una figura de relieve de la novillería sevillana, que los aficionados la traen a su memoria cada vez que se recuerda una de esas corridas difíciles que acaban hasta con "el apuntador".

Contestar a nuestras preguntas al interviuvarle le es tan difícil a Joaquín Capa como una de esas tantas corridas, pues su larga estancia en América, donde ha estado más de treinta años, ha adormecido su cerebro y la amnesia es frecuente en él. No obstante, logramos, con la cooperación de "Riañito", antiguo banderillero suyo que nos acompaña, aclarar que debutó en Sevilla en el 1900 y que toreó de novillero durante ocho años, lidiando los novillos de esa época, que solían pesar 300 kilos en canal; habiendo algunas corridas que, a pesar de los años transcurridos, aun lás retiene en su cabeza, como una visión que no se separa fácilmente de su lado, hasta el extremo que cuando le habló "Riañito" de una muy célebre de Coruche, que se lidió en Sevilla, le dijo:

—Por lo que tú más quieras, no me la recuerdes, que hasta en el barco me acordé de ella al ver las chimeneas, que me parecían los pitones de esos criminales. Mire usted cómo serían que empezó la corrida a las seis, y cuando llegué a mi casa ya estaba acostada mi familia. Calcúlese la hora que sería.

—Maestro, ¿y de aquella de Miura, cuando se lidió aquel célebre toro llamado "Carita de rosa"?

—¡No me voy acordar, si se acuerdan hasta los aficionados, y estaban en el tendido! Por lo que sabía, yo creo que era el profesor de la ganadería que tantos sustos han "dao". Me acuerdo que cuando yo creía que tenía la vista puesta en la muleta, pegaba una "arrancá" de repente y cogió a un banderillero llamado Madroñal, que se encontraba bastante distante de él. Esto lo hizo varias veces. Yo creo que la tenía tomada con él.

—¿Cobraba usted mucho por esas corridas?

—Menos que cobra un banderillero hoy, y en alguna hasta toreé gratuitamente, como me pasó en una a beneficio de la Macarena, en la que después de matar cuatro toros, por haber cogido a Curro Vázquez, sólo me dieron ese muñeco que ve usted ahí, y al que le puse "Carita de rosas", como recuerdo de tan célebre animalito.

—¿Cuándo tomó usted la alternativa?

—En Jerez el 13 de septiembre de 1908, de manos de "Jerezano", con "Corchaíto" y "Moreno de Algeciras"; y toreé de matador de toros durante otros ocho años, hasta que en 1916 decidí irme a América, donde he estado rodando, durante treinta y un años, con los embates de la fortuna, que unas veces me fué adversa y otras propicia, pues en Lima conseguí ser querido de todos, hasta el extremo que el alcalde me entregó una tarde, en medio del redondel, una medalla de oro y un diploma como premio a mi actuación, artística según él, aunque yo no recuerdo haber hecho nada que me hiciera sobresalir de los demás.

También he toreado en Lima con "Gallito" y Belmonte, que para mí creo han sido los toreros mejores de todos los tiempos, aunque a mí el que más me gustaba era Antonio Fuentes. De los de ahora he visto torear en Lima, entre otros de menor cuantía, a "Manolete".

—¿En qué diferencia usted esta época del toreo de la suya?

—En la seriedad "na má".

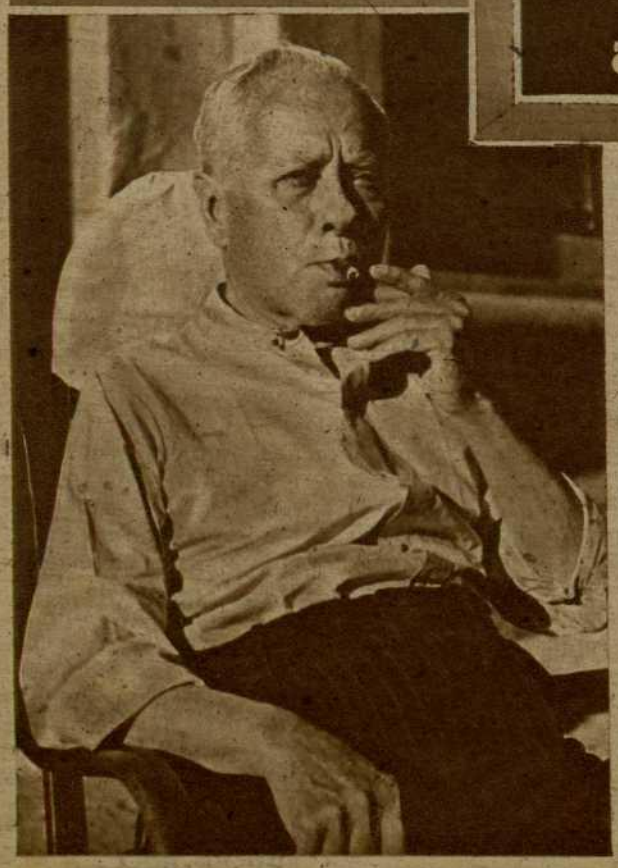
—Pero es que hoy se torea mejor y con más arte que antes—le dije yo.

—Eso de mejor, vamos a dejarlo a un "dao". Con más arte, bueno; pero tenga usted en cuenta que hoy se torea en miniatura.

Estos argumentos, ante un aficionado que vivió esa época, acallan la controversia que parece querer iniciar este anciano, rememorando su pasado, y que dan a su imaginación una lucidez que parecía adormecida.

RAIMUNDO BLANCO

Joaquín «Capita», en la actualidad



«Capita», rodeado de su familia (*Fotos Arenas*)

El «Boni» opina que en la Plaza el que debe correr es el toro, no el torero

El «Boni» y Marcial Lalanda fueron durante tres días huéspedes en el cementerio

EL «Boni», este notabilísimo peón, pese a los años y a su excesiva humanidad, todavía tiene cuerda para mucho tiempo, a fin de que no ya los de su misma condición, sino también algunos de jerarquía superior, puedan asimilar de él la vasta experiencia que tiene de esa compleja y difícil papeleta que se llama la lidia de reses bravas.

Bonifacio Perea tiene fama de ser un gran socarrón. Desde luego, es un conversador amenísimo, de una gran riqueza anecdótica.

Un día le pregunté, dejando caer la pregunta con fingida indiferencia:

—Sería curioso saber las razones por las que se decidió a ser torero...

El «Boni» me miró, se retrepó cómodamente en la silla, lió calmoso un cigarrillo con sus manos anchas y fuertes y empezó por advertirme:

—Si usted es capaz de no interrumpirme, acaso no me fuera difícil recordar los rasgos más salientes de mi vida, que no sé qué podrá ver en ella interesante... Pero como ni a usted ni a mí nos agobian ahora los quehaceres, le daré gusto.

Y sin más preámbulos, el hombre empezó a rememorar su pasado:

—Nací en Madrid el 17 de noviembre de 1895. Mi padre era empleado del Ayuntamiento. A los doce años, ya cobré mi primer jornalillo acarreando agua. Cuatro años después entré a servir al Municipio como aprendiz de adoquinador. El trabajo era rudo, como lo son todos al principio, y a vueltas con los adoquines, decidí emprender otros derroteros, aun cuando no menos penosos, más lucrativos. Yo, que muchas tardes solía quedar embobado contemplando los toreros que frecuentaban el café de San Millán, decidí imitarles.

Para un aprendiz de tauromaquia, lo primero era poseer la herramienta de trabajo: el capote. Dinero no había ni para alquilarlo; pero allí estaba el ingenio de mis dieciséis años para suplir la carencia de «monises». Supongo que el propietario de la tómbola de cierta verbena no mostraría mucho regocijo cuando advirtiera la desaparición de un tapiz de percalina con los colores nacionales.

Jamás torero alguno ha lucido un capote tan vistoso como el mío. Para lastrarlo un poco le cosí unos guijarros en su parte inferior. Lo estrené en la capea de Ataquines, y aun me emociona recordar la sensación que causó cuando lo desplegué ante los boquiabiertos competidores.

—Tú serás otro Belmonte—me dijo muy convencido un viejo «maleta», a quien respetábamos mucho los torerillos.

—¡Lo malo es que yo me empeñé en desacreditar al improvisado profeta!...

Por cincuenta pesetas maté tres toros en Illo (Toledo), previo desembolso de treinta reales para lucir un traje de luces, al que el descrito capote iba a las mil maravillas. ¡Tal para cual!...

El año 16 debuté en Vista Alegre, en plan de novillero, formando pareja con Angel Pérez, «Bolín», en la lidia de ganado de Coruche. En ésta y en las seis o siete corridas en que seguidamente actué, entre otros, con «Gaviro», Mariano Montes, Casielles, Jumillano..., demostré soltura con la espada y valor en todo momento. En cambio, a la hora de manejar la muleta, me hacía tal lío, que nunca conseguía pasar del cuarto muletazo, y eso con mucho apuro y muchos sudores.

Bonifacio Perea, el «Boni»

Por si fuera poco, una cornada de graves consecuencias acabó por decidirme a cambiar la espada por las banderillas. La cogida fué de espanto. Desde Villalba a Madrid vine sobre un colchón en un furgón de equipajes. Joselito, «el Gallo», que viajaba en el mismo tren, al enterarse de que un torerillo iba agonizando, en una estación del trayecto vino a estrechar mi mano y a darme frases de aliento. Tuve la suerte de que de un golpe salté desde figurar en las cuadrillas organizadas por incipientes novilleros, a intervenir bajo las órdenes de matadores de toros. Joselito Martín y Pablo Lalanda fueron mis primeros maestros.

De éstos he pasado sucesivamente bajo las jefaturas de «Curro Puya», «Chato Valencia», Márquez, Manolo Bienvenida —cinco años consecutivos—, seis con Marcial Lalanda y menos tiempo con Vicente Barrera, Antonio Bienvenida, «Moreno de Talavera», Arruza, Juanito Belmonte y «Gitanillo de Triana». De todos —vivos y fallecidos— conservo imborrables recuerdos. Si fuera a destacar, tendría que citar el nombre de Marcial Lalanda. No en balde pasé con él jornadas azarosas. Cuando se promovió el primer conflicto entre toreros españoles y mejicanos, Marcial, huyendo de la orden de encarcelamiento que sobre él pesaba, vino a pedirme le escondiera. No había tiempo que perder, pues los agentes le iban a los alcances. Salimos por la puerta trasera de mi casa, y no paramos hasta dar con la Sacramental de San Lorenzo. Allí permanecimos tres días, huéspedes de los difuntos, previo permiso de los sepultureros, que era gente afecta a Marcial y a mí. Recuerdo que, agobiados por el calor veraniego, estábamos deseando se hiciera de noche para salir a pasear por entre las tumbas y de paso respirar un poco.

Con el malogrado Manolito Bienvenida hice en Méjico la campaña de 1930-31. Al verme trabajar Rodolfo Gaona, se encaró conmigo y me espetó: «Boni», ¡ya se conoce que procede usted de la escuela sevillana!» «Se equivoca, maestro. Yo soy madrileño.» «¿Madrileño?... Cosa chusca, porque Madrid sólo ha dado dos buenos toreros: Vicente Pastor y «Magritas»—añadió el «León de las Aldamas».

Yo, en esto de correr los toros en todos los terrenos, me inspiré en el gran David. Y tanto me afané en imitarle, que al regresar Alfredo de uno de sus viajes de América, me preguntó sorprendido: «¿Qué has hecho, que ahora andan por allá diciendo que yo me parezco a ti...?»

¡Como si yo fuera a desbancar a tan consumado maestro!... Pero los públicos siempre fueron muy impresionables.

Otra cornada, capaz de abatir a un elefante, me la dió un toro de Alipio toreando en Caravaca. Sufrí dos operaciones muy laboriosas, y cuando no «palmé» entonces, ya puedo decir que soy inmortal. Llevando la herida abierta, fuí a torear con cierto diestro, muy simpático por cierto. Para coger arrestos, la víspera agarré una muy decente «jumera». Se enteró el matador, y muy enfadado se encaró conmigo:

—Parece mentira que haga usted eso, teniendo en cuenta la corrida que mañana nos espera...

—Mañana —le contesté— haré yo lo que usted no será capaz.

Y salió la corrida —de Concha y Sierra—, ¡una buena mozá! Salir el primero e irme para él, todo fué uno. No sé los capotazos que a una mano le di; sólo recuerdo que al llegar al burladero grité al maestro:

—¡Salga usted, que esto está muy bueno!...

Salió el hombre; hizo lo que pudo, y la gente le dió una oreja.

Cuando íbamos dando la vuelta al ruedo, yo, sin poderlo remediar, le dije por lo bajo:

—¡Pamplina y... pamplina...!

—Y con eso, ¿qué quiere decir?

—Que se lleva usted una oreja de «regaliz». Que usted me resulta un torero que no vale ni para tomar dos «chatos».

Y el muchacho, muy convencido y sin dejar de saludar a los tendidos, dijo:

—¡Toma, eso ya lo sabía yo!

Me desarmó la respuesta; nos miramos y nos dimos un abrazo, ante la sorpresa de la gente, extrañada de aquella intempestiva efusión.

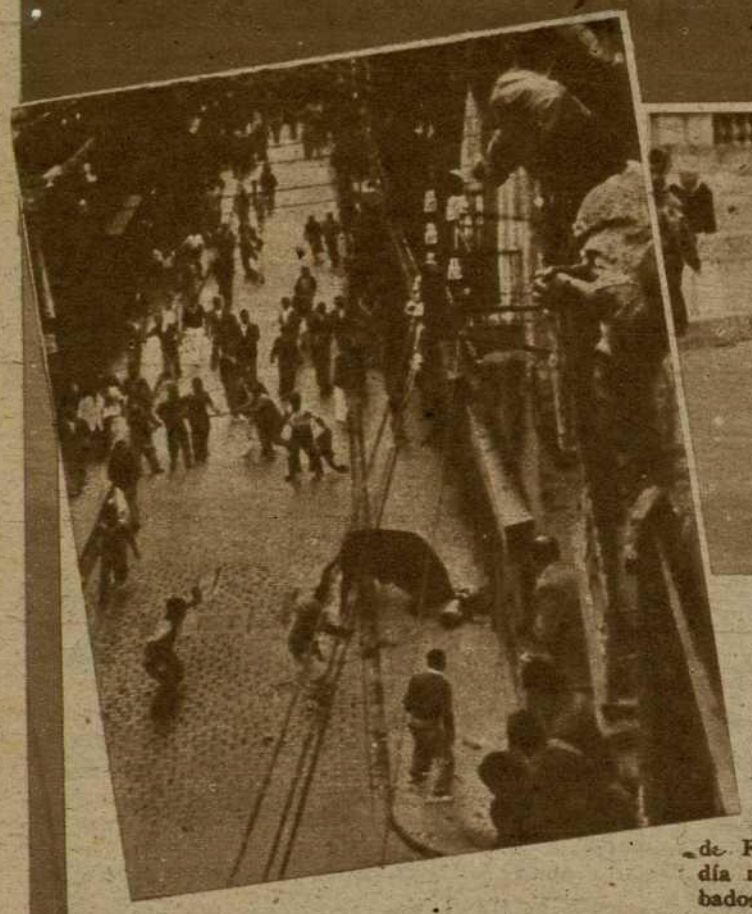
Para terminar, voy a relatarle mi secreto: Lo más difícil del torero, para todo subalterno, es hacer la temporada con sólo dos capotes y un par de zapatillas. Porque, lo que me digo yo: el que tiene que correr no es el torero, sino el toro. Por eso, con mis noventa kilos a cuestas y mis cincuenta y tres años, estoy dispuesto a seguir trabajando mucho tiempo todavía.

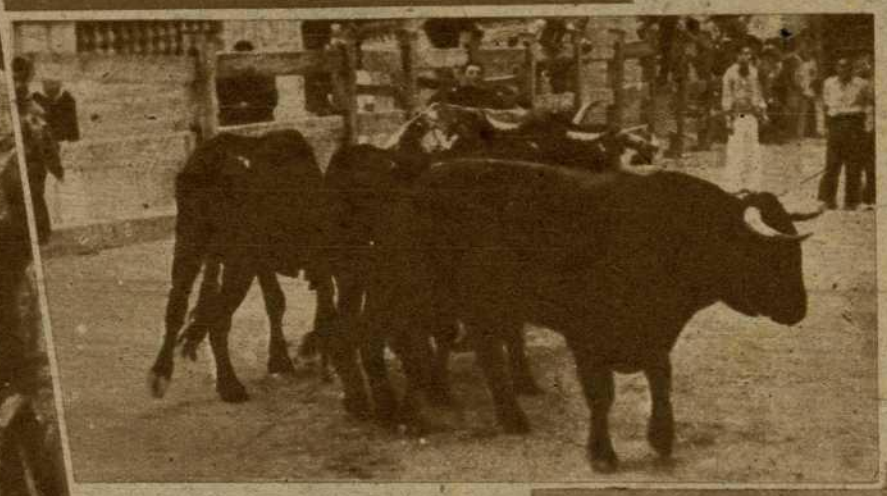
F. MENDO

Bálsamo Azul
UNGÜENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL
QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

OTRAS VICTIMAS DE LA FIESTA EN ESTE AÑO DE 1947

La verdad de lo ocurrido en el encierro del día 10 de julio en Pamplona





Por tratarse de una visión directa de lo ocurrido en Pamplona el día 10 de julio de este año, y contener la relación de la muerte de otras dos víctimas de la Fiesta en este año de signo de sangre de 1947, publicamos seguidamente el trabajo de don Luis del Campo, que el autor dedica al admirado crítico taurino «Don Indalecio».

En mi libro «El encierro de los toros» afirmo que, en las últimas décadas, solamente ha habido, por el acto de encerrar a los toros tras el habitual recorrido por las calles de Pamplona, tres muertos. Este dato, que nadie me ha rebatido, el 10 de julio de 1947 sufre un aditamento penosísimo con la muerte de Casimiro Heredia y Julián Zabalza.

La verdad, por cruel y dolorosa que sea, debe ser, si no propalada, referida. No conduce a ningún fin práctico dar a la publicidad los hechos reales, consumados, cuya comunicación puede repercutir en sentido negativo. Sería pueril o absurdo consignar en letras de molde, o utilizar otro medio cualquiera, para difundir aquellos sucesos capaces de ocasionar una reacción que, además de no ser beneficiosa, pudiera dar pábulo al comentario, exaltado por la tragedia o malicioso por la envidia, e indudablemente siempre mal justipreciado. Mas la no consignación del dato desfavorable, o la ocultación del resumen global, es, sin duda, la principal base para que la verdad se resquebraje, hipertrofiándose o deformándose, pues los relatos, al correr de boca en boca, especialmente si no fueron observados por los propios narradores, experimentan tal cambio en la forma, fondo y colorido, que el primer comunicante lo tomaría por cosa distinta, a pocos individuos que hubieran intervenido en la transmisión de su referencia.

Si la Prensa, radio y demás Centros oficiosos u oficiales de Pamplona nada dijeron ni comentaron, no sucedió lo mismo con ciertas Agencias y determinado revistero de otra localidad, cuya pluma mordaz aprovechó la circunstancia para dejar translucir su inconsciente, no exento de pasión acre y complejos poco nobles e injustos. Señalar ahora que hubo dos muertos, no es nada nuevo decir; la tragedia era ya «vox populi» en Pamplona, antes de la media mañana del pasado 10 de julio. Nada se hizo por ocultar la noticia. Las «cuadrillas» de las peñas ostentaban crespones negros, y durante la corrida, entre toro y toro, un silencio impresionante reinaba en la solana; los carteles, recogidos; los mozos, en actitud estática, y las charangas sin dejar oír sus agudos y con frecuencia disonantes tonos.

Los murubes de don Antonio Urquijo —antes, de doña Carmen de Federico— a encerrar y lidiar el día 10, habían sido unánimemente alabados por su trapío, por el sinnúmero de aficionados que acuden a los «corralillos del Gas». Eran el blanco de los comentarios, más que por su casta y divisa, por la valía de la corrida. Reaparecía el malogrado «Manoletes», y en infinidad de detalles, el interés despertado por su presencia ocasionó tales «records», que bien puede afirmarse no serán igualados jamás. Uno de los toros, de magnífica estampa, venía marcado con el número 21, y era conocido con el nombre de «Semillero».

Aun no se habían extinguido los ecos de las campanas de San Fermín, anunciadoras de la Misa de siete, cuando, concordante con los sones del reloj del Ayuntamiento, atronaba el espacio el estampido del primer cohete, indicador de que se franqueaba a los toros la puerta del Baluarte de Rochapea. A los pocos segundos, un nuevo estallido de cohete-bomba señalaba el comienzo del encierro.

Los toros, agrupados con los cabestros, formando una compacta masa, y precedidos por los ágiles corredores pamplonicas, iniciaron una veloz carrera, cuesta arriba de Santo Domingo. En el lomo del último de los astados se apreciaba con claridad la numeración de la ganadería o camada: el 21; así llegaron al Ayuntamiento. A lo largo de Mercaderes, este toro comenzó a fijar su atención sobre las mil incitaciones que de todas partes, y en todos los encierros, recibe la torada. Fué despegándose del grupo, y entraba ya rezagado en Estafeta; el resto de los astados siguieron unidos hasta los mismos corrales de la Plaza.

Creo haber demostrado en otra ocasión la peligrosidad del toro desligado de la manada. En el encierro cambia la psicología del toro: sus instintos de acometividad desaparecen a reunirse con sus congéneres, y si los mansos «cumplen» bien su papel, especialmente si hay cabestro de punta, su recorrido por las calles de Pamplona está exento de peligrosidad. Son los toros los más asustados del encierro, los que tienen más pánico; corren por huir; muchas veces, ni se defienden ante la agresión. En infinidad de fotografías puede apreciarse cómo, cuando tropiezan con una masa humana, montones de mozos u otro obstáculo cualquiera, cierran los ojos, empujan con sus hocicos, levantando las astas, exactamente igual que cuando se hostiga a una manada de bueyes para que penetren a un recinto por una vía estrecha. Quizá levanten las cornamentas intentando reducir el espacio necesario para su paso y vadear más fácilmente las dificultades.

Mas cuando, por una de las múltiples incidencias, queda un toro rezagado, la faceta de peligrosidad del encierro puede adquirir caracteres de gravedad extrema. El toro solitario reacciona condicionado por su temperamento e instintos, no inducido por la ley general de la psicología de las masas. Es una fiera desconocedora del miedo, que se encampana ante el más mínimo estímulo, sobrada de poder, anhelante de lucha, con instintos de agresividad refinados en los cruces por herencia, de robustas y afiladas astas, semejantes a agudos puñales, donde fácilmente puede hilvanarse la tragedia.

Casimiro Heredia, un valiente y excelente muchacho, corredor neto del encierro, de profesión carnicero, trabajaba en una fábrica de hielo, sita en Estafeta. Compaginaba el placer de correr delante de los toros con sus obligaciones y a la vera de los cornúpetas recorría todos los encierros desde el comienzo de la Estafeta hasta el lugar del trabajo. El 10 de julio charlaba, en un portal de la citada calle; con un matrimonio amigo, cuando llegaron los toros. Fueron sus palabras, las últimas, dirigiéndose a la señora: «A..., métete más dentro hasta luego.» Corrió a la par de los toros unos metros, ignorando que a escasa distancia venía el rezagado. Nadie sabrá jamás si lo vió o fué sorprendido. Son muchos los que emiten este último parecer; quizá confió, una vez más, en sus piernas. Lo cierto es que

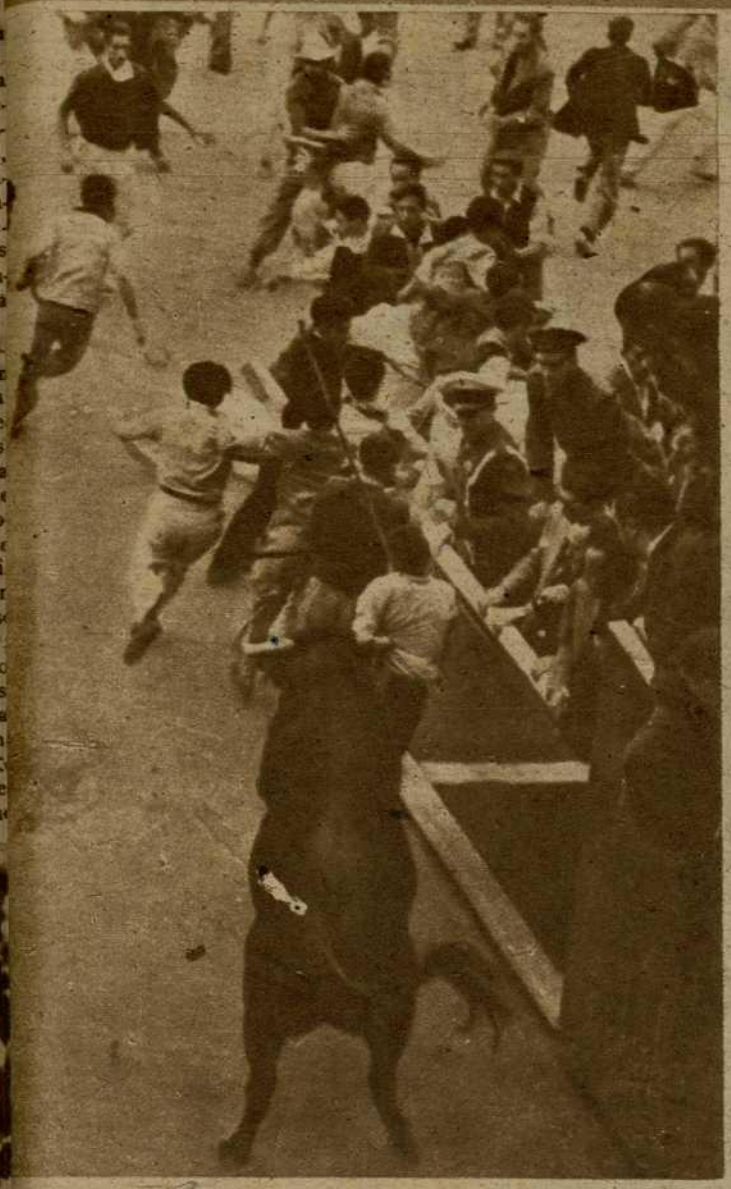
«Semillero», que había caído al perseguir a un corredor entre el vallado de Mercaderes y Estafeta, se enseñoreaba de la calle, y corriendo a buena marcha, como intentando alcanzar el resto de la manada, lanzaba derrotes, amagando atacar a determinados actores activos del encierro. Casimiro fué uno de ellos, pero tuvo la fatalidad de que el asta hiciera carne; cayó en medio de la calle, y quizá favoreció la cornada el intento de arrojarse al suelo, o el de no poder realizar un supremo esfuerzo. El toro, corneándole, lo llevó desde el centro de la calle hasta la acera, y los espectadores tuvieron la impresión de haber sido herido de gravedad; unas manchas de sangre visibles en la fotografía número 1 son la prueba de certeza.

Valientes de pelo en pecho, uno, dos..., cien, citando con su cuerpo libre de engaños, se acercaron al astado, a distancias increíbles; le obligan a dejar la presa, y son tantos los que el cornúpeta dubitativo se encampana, asombrado de tanto reto, sin saber a quién dirigirse. El herido estaba situado doblado sobre sí mismo, a un par de metros de distancia del toro, y, aun cuando en dirección opuesta, el murube lo distingue perfectamente, apreciando en él un movimiento, quizá reflejo por el dolor, quizá motivado por las ansias de huir. Esta actitud estimula al toro a volver sobre Casimiro; lo recoge y lleva entre sus astas, arrastrándole por el suelo, desde la acera a la pared de la calle, instante reproducido en la fotografía número 1. Mas, para entonces, la suerte estaba echada: había ya recibido la cornada causante de la muerte, y solamente en la que pudiéramos llamar segunda fase de la cogida, la acción del toro se redujo a un varetazo, perfectamente marcado sobre su espalda. Todos estos detalles han sido fielmente captados en película cinematográfica, obtenida por un aficionado.

A los dos o tres minutos dejaba de existir. Unos sacerdotes y un médico, espectador del encierro, lo asistieron en sus últimos momentos. Trasladado a la Casa de Socorro, se apreció que el asta homicida, penetrando por la región abdominal derecha, partía el hígado y desgarraba el pulmón.

La fiera, rodeada de corredores, sigue la Estafeta en dirección a la Plaza. Los mansos de reserva, situados en Labrit, se le juntan a este nivel; no llegan a unirse, y resultan vanos los esfuerzos de los pastores. La fotografía número es una prueba documental excelente. Puede apreciarse el toro con su marca, 21, desligado del grupo de cabestros, a cuyo vera un pastor parece contemplar la escena.

Al no conseguir los cabestros dirigir el toro hacia el callejón, el pastor, decidido, con su vara y blusa, hostiga y cita



al toro, que se precipita velozmente hacia él. Sus agilísimas piernas, favorecidas por el declive del terreno, son impotentes para salvar los pocos metros de que dista el redondel; percibe sobre su espalda el sofocante aliento del astado, lanzado en forma de resoplido, y una pirueta extraordinaria quiebra el derrote, que solamente dibuja pliegues sobre su camisa. El toro, encorajinado, se arranca sobre el siguiente corredor, que ya dobla hacia la derecha, buscando amparo entre el burladero y la valla.

Las fotografías números 3 y 4 reproducen el instante. Puede identificarse al pastor por la vara. El señalado por una flecha es la segunda víctima de la fiera. Era un mozo corredor del vecino pueblo de Villava, que, levantándose a las seis de la mañana, acompaña a su novia y su hermana al encierro. Con ellas en el tendido, por curiosidad, o acuciado por la emoción del correr, decide bajar al redondel, y burlando por piernas, como otros muchos, la inteligente y decidida oposición de los guardias, aun sale a buscar al toro rezagado. Perseguido por él, entra de nuevo en el redondel, y se dirige hacia la derecha, quizá sin recordar la querencia de los toros hacia ese lado, a su entrada en la Plaza de Pamplona, pues yo aseguro —sin saber exactamente por qué— que, de no formarse la figura del abanico, la más preciosa del encierro, los toros se inclinan siempre a la derecha.

La curva que describe el mozo corredor despista unos segundos al toro, que sigue su rectilínea; mas pronto la rectifica, lo alcanza y voltea contra la barrera, instantes reproducidos en las fotos 5, 6 y 7. Cuando dos oportunísimos capotes del «Chico de Ronda» y «Niño del Matadero» se llevan al astado, que acude dócil al engaño, un cuerpo queda sobre la arena. Levantándolo en vilo, sobre él se precipitan docenas de brazos, y las miradas atónitas de miles de espectadores aprecian cómo un grupo de valientes pamplonicas transportan al herido, haciendo caso omiso del toro, que casi a la par, a muy pocos metros de distancia, sigue el percal de los toreros profesionales, unas veces paso a paso, y otras corneando al aire, tras la arrancada, hasta los corrales de la Plaza, momento en que el disparo de un cohete dice a modo de pregón: «El encierro ha terminado.»

Un reguero de sangre roja, hemoptoica, deja rastro sobre la arena y continúa hasta la enfermería. Se cierran sus puertas, y con fines identificativos se pregunta a los múltiples muchachos que acompañaron al herido y esperan tras ellas. «¿Quién es?» «¿Cómo se llama?» Nadie lo sabe. Es admirable. Son héroes anónimos; se jugaron la vida transportando a un herido, con quien ni les une amistad, ni siquiera lo conocen. El detalle es digno de reflexión: es el auténtico valor de la raza, sus esencias más nobles, las más dignas de loa y encomio.

Puertas adentro de la enfermería, el personal sanitario trabaja con ardor. Varias tijeras cortan al instante el jersey verde, el pantalón dril, etc., de Julián Zabalza. Un amplio boquete a nivel de la región escapular izquierda señala por dónde penetró el asta, que, fracturando la cuarta, quinta, sexta y séptima costillas, desgarra el pulmón izquierdo, atraviesa el mediastino y perfora el pulmón derecho; otra cornada, traducida en leve puntazo, también se aprecia en cara externa, parte superior, del muslo derecho. Se tapona rapidísimamente la herida, sucediéndose las hemoptisis, acompañadas de los estertores de la agonía; el pulso, que no se apreció, no reaparece con los tónicos que se inyectan. Mientras tanto, un sacerdote administra los últimos Sacramentos. Todo ha terminado a los tres o cuatro minutos de ingresar en la enfermería, y lo descrito se ha realizado en este brevísimo lapso de tiempo. Los médicos comentan: «Las heridas eran mortales de necesidad. Ha muerto por anemia agudísima.» Y uno de ellos exclama, con voz velada por el sentimiento y acongojada por el drama: «¡En diecinueve años que llevo en la Plaza, es el primer muerto que tengo!»

Esto fué lo que sucedió en el encierro del 10 de julio de 1947. Pudieran darse detalles mucho más ampulosos, quizá nimios e intrascendentes, ya que es facilísimo saber lo que hizo el toro en cualquier trayecto del encierro, presenciado por centenares o miles de espectadores y reproducido fotográficamente.

Las discusiones y comentarios que a raíz de este encierro se suscitaron son imposibles de transcribir, y las opiniones no coincidirán, pues el sentir y el decir, a veces discrepantes, están condicionados por

múltiples factores, cuya intensidad apreciativa va ligada intrínsecamente a la personalidad de cada cual. Sin embargo los hechos que conmueven nuestro espíritu son los más susceptibles de hacernos reaccionar, y la experiencia dolorosa es, sin duda, la más útil y eficaz; mas sea cual sea la «vivida» en ese día, lo innegable es, por ejemplo:

Son incontables los encierros en que hubo motivos análogos al del 10 de julio de 1947. Fotografías hay por doquier con instantes idénticos, y las astas no ocasionaron el más leve rasguño.

Con doble vallado o sin él, casos similares pueden suceder; mas las medidas encaminadas a la atenuación o supresión del riesgo deben siempre ensayarse. Es inútil pretender que el encierro sea sólo un cuadro de color. Sería absurdo prohibirlo basándose en su peligrosidad. Por la misma razón habrían de anatematizarse una serie de espectáculos o acciones carentes de finalidad social, cuya lista sería interminable.

Análogos resultados se lograrían duplicando o centuplicando la vigilancia o actuación policial. Sancionar los desmanes es buena medida coercitiva, que a la larga actúa preventivamente; mas sería también interesante premiar el mérito: eleva la ética, es motivo de legítimo orgullo y puede crear un «clima».

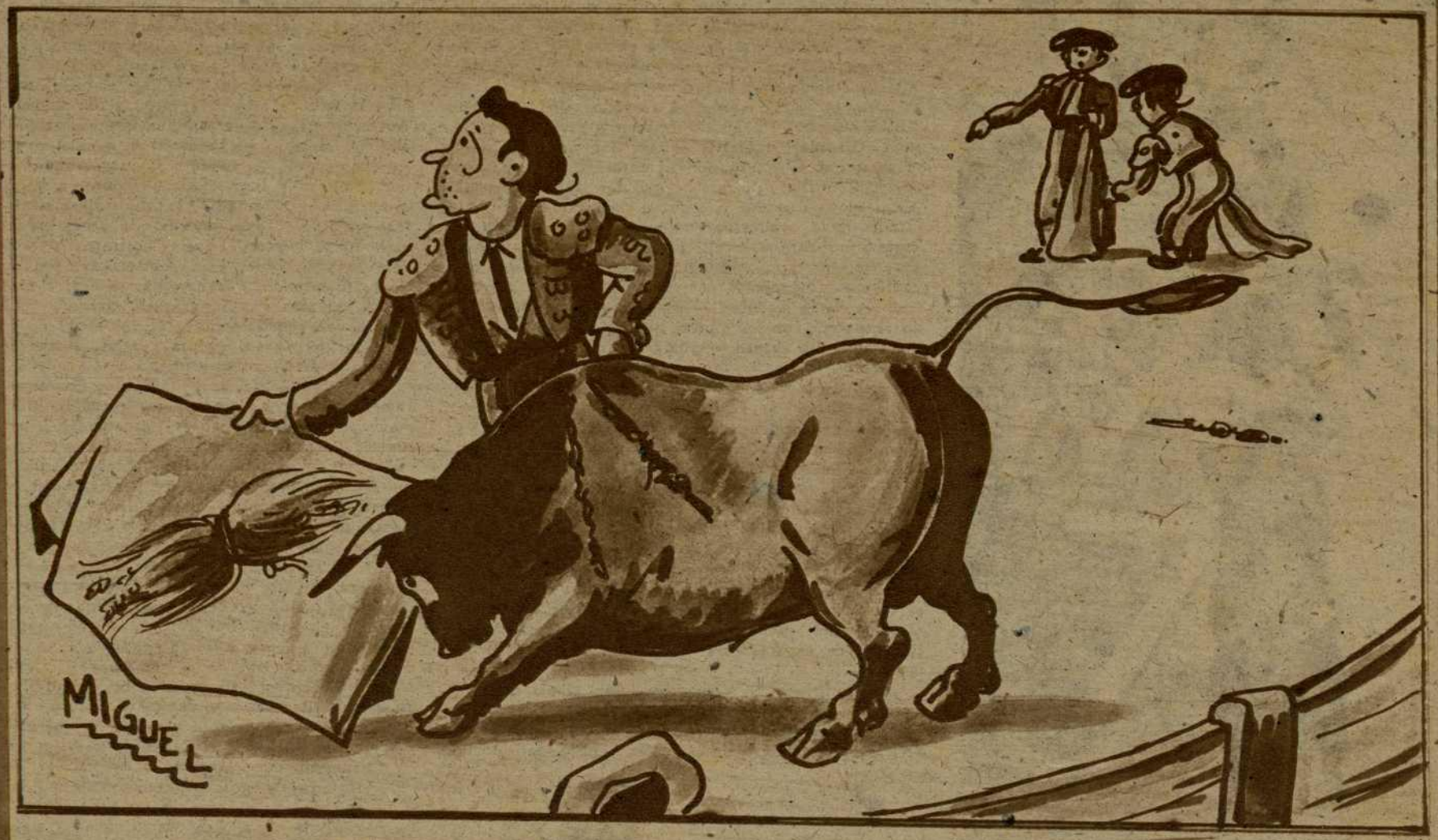
Es imposible limitar los corredores o seleccionarlos. La cantidad de alcohol injerida merece valorarse; mas docenas de veces fué el ebrio hacia los toros, que se retiraron, dejándole el paso libre, y el «optimista», con su flauta, pandereta o guitarrilla, se acercó más y más al toro en el redondel, citándole una y otra vez, obsequiándole con los sones de su instrumento en sus propias orejas, y que el astado despreció olímpicamente.

Lo que no se puede aquilatar es el temperamento del toro; mas sí nos es dable afirmar una vez más: «Señores toreadores —pues toreros son únicamente los corredores del encierro; toreros eran aquellos nobles de antaño que corrían y lanceaban toros por el placer de toearlos, por el honor de su lugar o de su dama, por el brillo de su casa o de su linaje, por complacer a su pueblo o a su rey, por el honor de ser aplaudido, y toreador es el que convierte su arte en oficio de pingües beneficios, calificándose, desde las Partidas de Alfonso X el Sabio, impresas en el año 1265, de infames a los que lidian bestias bravas por dinero—: *Los toros no se rezabian en el encierro.*» Lo corroboran los muruhes lidiados el 10 de julio de 1947 y lo demostró el toro «Semillero», que fué un toro bandera, de los más nobles que en todos los tiempos pisaron los ruedos, que permitió a «Gitanillo de Triana» y a «Manolete» destapar las esencias más finas de su arte al lancear de capa, y a Marín, que lo mató de certera estocada, realizar una de las más completas faenas de su vida torera, acompañada de cercenamiento de orejas y rabo; toro que recibió tan duro castigo, que una de sus paletillas óseas fué exhibida en el desolladero, reproduciendo la forma de la pica que durante el tercio de varas le atravesó de parte a parte, empujada, por la férrea mano del picador, acuciado por las unánimes voces que desde el tendido de sol gritaban: «¡Mátalo!», y que no impidió a «Semillero» luchar bravamente en todos los terrenos, embistiendo con nobleza y coraje y sin abrir la boca.

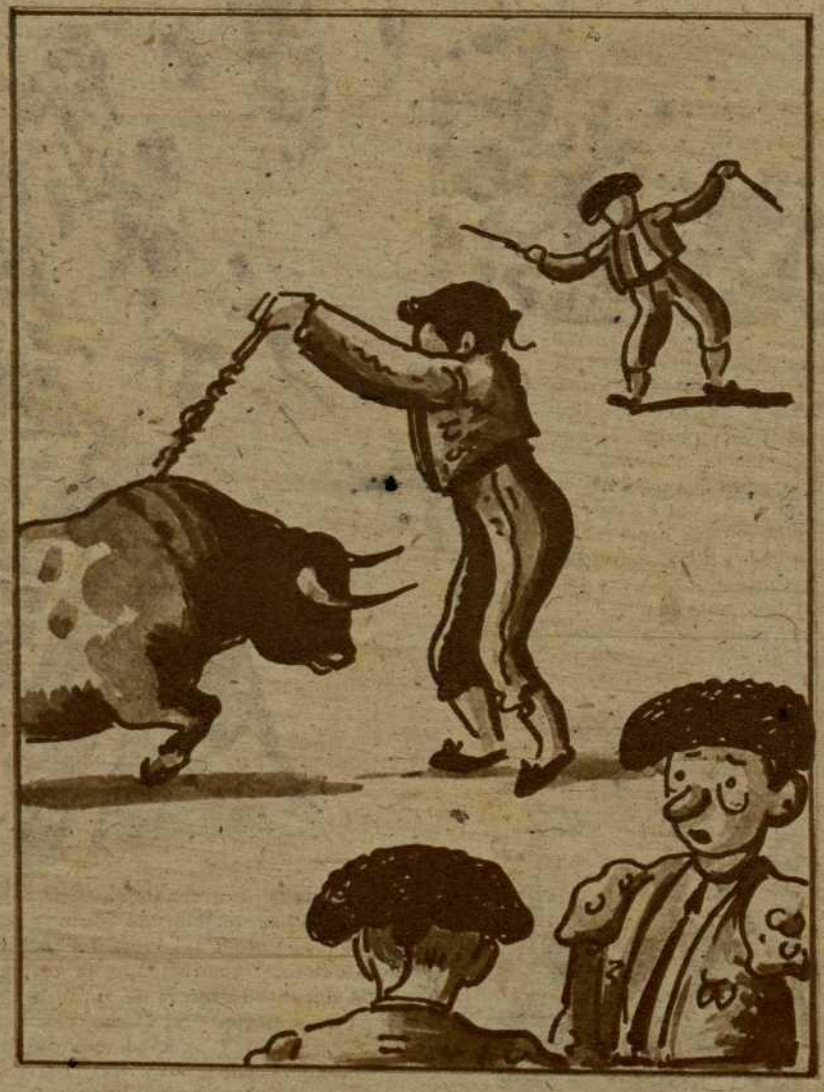
LUIS DEL CAMPO

(Prohibida la reproducción.)

HUMOR TAURINO, por "MIGUEL"

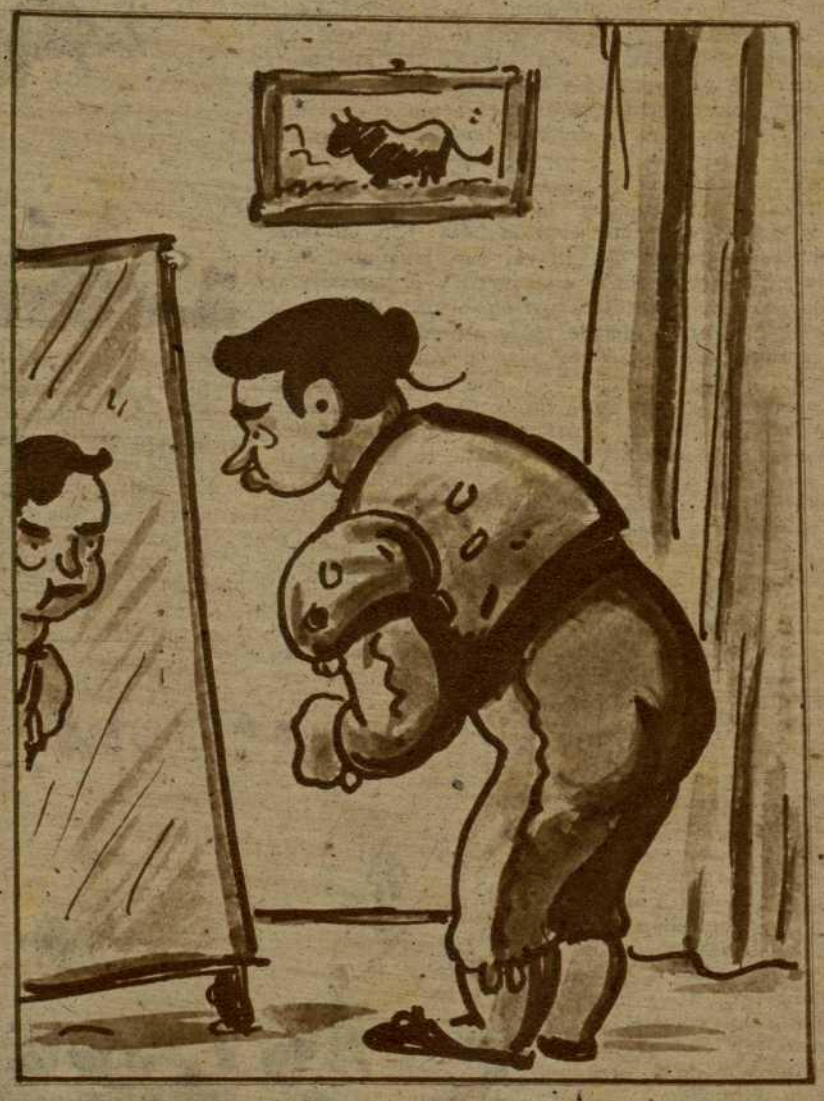


—¡Es un «vivo»! Ha pintado hierba en la muleta y ahora explota el truco de mirar al tendido.



OBSERVACION

—Banderilleaba mejor su padre.
—¿También fué banderillero?
—No. Fué un antiguo camarero de Fornos.



EXCESO DE PESO

—¡Es una desgracia! Hay que ver lo que me aplauden, y no me sacan en hombros...

POR ESPAÑA Y AMERICA

En la última corrida del año triunfó Mario Cabré en Tarragona.-Un extraordinario de «Toros y Deportes», dedicado a la memoria de «Manolete».-El domingo hubo corrida en las dos Plazas de la capital de Méjico.-Exito de Arruza en Morelia y de Antonio Bienvenida en Quito.-En Cúçuta (Colombia) fué cogido de gravedad el granadino Alvarez Pelayo

Se conocen nuevos datos relativos al próximo enlace del diestro portugués Diamantino Vizéu en Méjico. La novia, Yolanda López, es hija del general Manuel López, que fué figura sobresaliente en la política. La novia es sobrina del expresidente Avila Camacho y del empresario de la Monumental, don Tomás Vallés. Diamantino toreará en la Plaza de El Toreo. La petición de mano se verificó en una magnífica finca que posee la familia de la novia. La madre de Yolanda ha ofrecido, como regalo de boda, una casa en los alrededores de la capital. La boda se celebrará en febrero. Los novios se trasladarán a Europa y asistirán a la feria de Sevilla. En junio reanudará Vizéu sus actividades en los ruedos.

José L. Alvarez Pelayo

—El pasado sábado dió su anunciada conferencia en el Club Taurino Madrileño el competente crítico de *Afán* don José Ródenas, que disertó sobre «Los blasones de púrpura del toreo». Presentó al conferenciante el cronista de Radio Madrid, «Curro Meloja». El señor Ródenas pronunció una de las más interesantes conferencias que sobre temas taurinos hemos escuchado. Supo interesar grandemente a sus oyentes, que le aplaudieron en varios momentos con calor y con entusiasmo fervoroso al final de su magnífica disertación.

—El pasado domingo se celebró en Tarragona la que creemos será última corrida de toros del año. Mario Cabré, el torero catalán, lidió en Tarragona, por la mañana, cuatro toros de Martínez Elizondo. En el primero cortó dos orejas, y en el tercero, una. Estuvo bien en el segundo, y en el cuarto hizo una magnífica faena. Fué llevado en hombros hasta el hotel y obligado a salir varias veces a uno de los balcones, desde donde recogió las ovaciones que los aficionados le dedicaban.

—La popular revista taurina de Caracas *Toros y Deportes* ha dedicado un número especial a ensalzar la memoria de «Manolete». En este número se publican varios trabajos de críticos taurinos españoles y un bellísimo poema del poeta castellano Lope F. Martínez de Ribera, dedicado al genial torero cordobés. Son de señalar los trabajos firmados por «Pepe Conde», subdirector de la revista y corresponsal de la misma en España. Notabilísimo este número de *Toros y Deportes*, en el que tan encendido elogio se hace de la figura del que fué primer torero de su tiempo.

—En un popular restaurante de Madrid se celebró el pasado domingo un banquete-homenaje dedicado al valiente matador de toros Luis Mata, para celebrar, los éxitos conseguidos por el pundonoroso torero aragonés durante la pasada temporada. El acto estuvo concurridísimo. A los postres se leyeron las adhesiones, y el apoderado del diestro, don Cayetano Minuesa y los señores Hernández y Ruano hicieron uso de la palabra. Luis Mata dió las gracias en sentidas palabras.

—En la Plaza de El Toreo, de Méjico, se celebró el domingo una corrida de toros en la que alternaron Silverio Pérez, Lorenzo Garza y el portugués Diamantino Vizéu. Los toros de La Punta dieron buen juego, en especial el lote que correspondió a Garza. En su primero no hizo Silverio nada notable con el capote; pero con la muleta cuajó una gran faena. Mató de dos pinchazos y una entera y fué ovacionado. En su segundo estuvo muy mal y oyó una bronca. Garza oyó pitos en el segundo. En el quinto, después de dar unos magníficos derechazos y unos naturales que entusiasmaron al público, resbaló en la cara del toro y se retiró a la enfermería con un palotazo en la pierna izquierda. Volvió a salir, y en su deseo de triunfar, regaló un séptimo toro, con el que no logró lucirse. Vizéu estuvo vulgar en el tercero. Hizo al sexto una gran faena y por pinchar varias veces no cortó la oreja. Fué ovacionado y dió la vuelta al ruedo.

—En la Monumental de Méjico tomó la alternativa el ecuatoriano Edgar Puente. Andrés Blando, que acusó desentrenamiento, estuvo bien y fué aplaudido. Antonio Velázquez oyó palmas en un toro y dió la vuelta en otro. Edgar Puente estuvo pesado con el estoque en los dos toros. Oyó un aviso en el sexto.

—En Morelia (Méjico). Toros de Xajay para «El Soldado», Gregorio García y Arruza. El precio de las localidades fué de veinte pesos al sol y cuarenta a la sombra. Arruza cortó las orejas de sus dos toros y salió en hombros. La labor de «El Soldado» y de Gregorio García pasó inadvertida.

—Se reciben noticias de Méjico que confirman la mejoría del espada portugués Manuel de los Santos, quien, según los médicos, está fuera de peligro.

—En Quito se celebró la segunda corrida de abono. Toros de Santa Mónica. Antonio Bienvenida, que actuará los días 28 y 29 en Guayaquil, cortó las dos orejas de su segundo y fué ovacionado en su primero. Curro Rodríguez estuvo muy bien.

—En Cúcuta (Colombia), resultó gravemente herido al dar una orteguina el matador español José Luis Alvarez Pelayo. En el momento de girar le empitonó el toro y le produjo una herida penetrante, de catorce centímetros, en las proximidades del recto, de pronóstico grave.

—A pesar del aplazamiento de la Conferencia Panamericana, la temporada de enero en Colombia se celebrará como se había anunciado. El 18 y el 25 de enero y el 1 de febrero se celebrarán en Bogotá corridas en las que alternarán Domingo Ortega, «Parrita» y Paco Muñoz.

—En los locales del Club Taurino de Albacete se ha celebrado una velada en memoria de «Manolete». Intervinieron el presidente del Club don Sotero Sáez, la señorita Anita Fernández, don José S. Serna y el poeta don Matías Gotor.

—En Angra Heroísmo (Azores) ha sido agasajado el espada portugués Augusto Gomes Junior por el triunfo que consiguió en su segunda actuación en dicha ciudad.

—La comisión nombrada por la afición taurina de Vitoria pro homenaje a «Manolete», que tenía pendiente el descubrimiento de la placa que en memoria del diestro cordobés ha sido colocada en la Plaza de Toros, ha decidido aplazar la celebración de dicho acto hasta la primavera. Se procurará que el descubrimiento de la lápida se celebre el mismo día que un festival a beneficio de las obras de la nueva catedral, fin para el que se había ofrecido «Manolete».

—En el Sindicato Nacional del Espectáculo se ha celebrado una Junta de matadores de toros y subalternos para el estudio de la propuesta de elevación de honorarios de las cuadrillas. Las conclusiones a las que se llegó en la mencionada Junta fueron las siguientes: primera, señalar la segunda quincena de enero para la resolución definitiva sobre esta materia; segunda, aceptación en principio por los matadores de toros de la necesidad de los referidos sueldos, sin determinar por ahora la cuantía en que han de modificarse, y tercera, esperar la opinión de la Junta de empresarios, que se reunirá en el Sindicato del Espectáculo el próximo día 10 de enero de 1948.—B. B.

NUESTRA CONTRAPORTADA

SUERTES DEL TOREO

MANUEL DOMINGUEZ

El lance del farol

MANUEL Domínguez, "Desperdicios", el espada creador del toreo de rodillas y los lances por faroles, fué otro de aquellos contados diestros que asistieron a las lecciones de Pedro Romero en la Escuela de Tauromaquia sevillana. Aunque fué muy corta su asistencia a dicho centro, encontró las ocasiones suficientes para dejar bien sentadas sus grandes condiciones de lidiador, las cuales hicieron pronunciar, al maestro Pedro Romero, en admiración a las aptitudes del alumno, la célebre frase de que el muchacho "no tenía desperdicio", frase que, sin duda, dió origen al alias que acompañó siempre a su nombre.

La crítica taurina de aquellos tiempos, al describir el toreo de Manuel Domínguez, no le considera como expresión de un estilo donde florece el adorno, y, sin embargo, "Desperdicios" creó el lance del farol, que es una forma de adorno en el toreo de capa.

Banderillero en la cuadrilla de Juan León, dejó los rehiletes para actuar de espada, y así continuó con suerte varia, hasta que en 1836 marcha a Montevideo para actuar por los ruedos americanos.

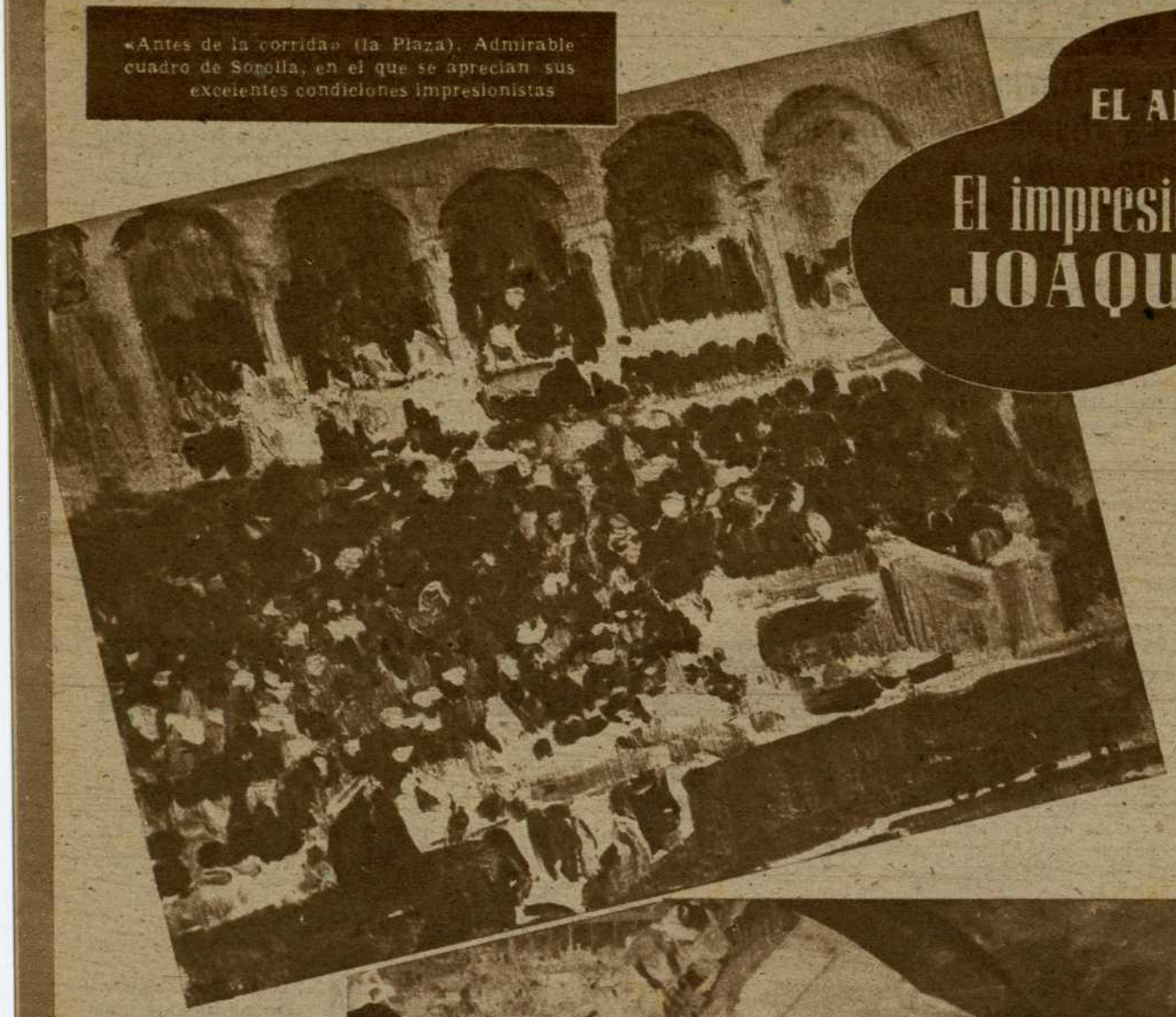
Después de dieciséis años de vida azarosa y aventurera por tierras de América emprende el regreso a España, donde conquistó bien pronto a la afición al ejecutar la suerte de recibir, según los cánones del estilo rondeño.

Desaparecidos el "Chiclanero" y Francisco Montes, ningún otro diestro practicaba ya esta suerte, que el público reclamaba. Por tal motivo, la fama de Manuel Domínguez fué creciendo con sus actuaciones, que ya marcharon sin interrupción, hasta que sus facultades quedaron mermadas después de la cogida que le costó la pérdida del ojo izquierdo en aquella célebre corrida del Puerto de Santa María. No obstante este percance, aun continuó actuando durante algún tiempo, supliendo el aminoramiento de sus facultades con la serena valentía que siempre caracterizó a su toreo.

La mejor época, durante su segunda actuación por los ruedos españoles, está comprendida entre los años 1853-1858.

Murió en Sevilla, su tierra natal, en 1886, a los setenta y cinco años de edad.

JOSE COMAS ACOSTA



«Antes de la corrida» (la Plaza). Admirable cuadro de Sorolla, en el que se aprecian sus excelentes condiciones impresionistas

EL ARTE Y LOS TOROS

El impresionismo colorístico de JOAQUIN SOROLLA

TIENE indiscutiblemente la pintura de Sorolla, desde el principio hasta el fin, toda la influencia lumínica que predominó en casi todos los artistas mediterráneos.

Cuando Joaquín Sorolla y Bastida empieza a pintar, a conocer íntimamente el Arte, a familiarizarse con él, ya su concepto sobre la luz y el color, plásticamente concebido, está resuelto en su imaginación creadora. Es decir, que la luz y el color, recogidos, asimilados prácticamente por su naturaleza valenciana, habían de cuajar en su momento oportuno, cuando ya sus ojos, bañados en la luz cegadora del Grao, de la Albufera, del Cabañal o de La Malvarrosa, habían captado, avaros de claridades, toda la gran catarata lumínica desprendida de su cielo nativo. Por eso, no extrañará que Roma, a la que acude en 1885 pensionado por la Diputación de Valencia, no hace variar, sino consolidar, su primitivo concepto estético y ejecutivo de la pintura. Será París el que hará cambiar la ruta de las emociones plásticas del artista. Hasta entonces, arrastrado por la temática al uso, habíase dejado llevar, sin gran resistencia, por los caminos trazados sobre un clasicismo tradicional, del que Sorolla había de huir a la vista de un espléndido panorama interno impresionista, un impresionismo que era la liberación de una agobiadora rutina, con la que él, con la que su temperamento no podía estar de acuerdo. París sabe despertar en él sus dormidas apetencias revolucionarias de estilo y de técnica, y valientemente, sin titubeos y vacilaciones, se enfrenta con un impresionismo que había de ser la clave de su magistral pintura. Tan siente el estilo, que, erigiéndose en precursor de los grandes maestros franceses posteriores, inicia y consolida, con su privativa modalidad pictórica, una escuela de la que no había de tener verdaderos y notables continuadores. Sorolla ve la Naturaleza y sus colores, como no los ve nadie. Sorolla, entiéndase bien, crea una pintura, se anticipa a los grandes impresionistas franceses que han de venir más tarde, y se anticipa y crea, porque su espíritu rebelde no podía sujetarse a cánones y sistemas adoptados rutinariamente. Su concepto y manera de ver el arte le apartaron del servilismo imitativo y jubiloso, y, consciente de su misión, se lanzó hacia un naturalismo que no era sino la verdad vestida con los ricos colores de un impresionismo puro. «Su realismo —dice uno de sus biógrafos— es, al fin, escueto y sobrio, el de la verdad por la verdad y el natural por el natural, sin historias ni literaturas ni titubeos sugestivos.» Sin embargo, la pintura de Sorolla va marcando el ambiente que le rodea. Es una en Roma; es otra en París; es distinta en Asís, donde su espíritu parece que encuentra momentáneamente esa serena paz que atempera su ánimo, y es distinta, completamente distinta, en Valencia, cuando el pintor encuentra «su» luz y «su» ambiente. París será el que impulse sus innatas inclinaciones renovadoras, inclinaciones que le llevaron a iniciar el moderno movimiento pictórico en España. Hasta entonces, el Arte en nuestra Patria habíase ido sucediendo en el tema, cansina y fatigosamente. Cuando Sorolla pinta en la capital de Francia su célebre y revelador cuadro «El boulevard», expuesto en la Nacional de Madrid de 1890, la pintura española puede decirse que inicia o prologa el gran capítulo de la moderna escuela. Desde ese punto, Sorolla nos descubrirá tonos y luces, matices y colores que serán como el cimiento de su obra venidera. El milagro de «su» luz estaba hecho, y tan estaba hecho, que en su lienzo «Después del baño», realizado en 1892, dirá al mundo hasta dónde se puede llegar en la riqueza de matices y en la magnificencia colorística de las claridades y tonos nacarados.

«Toreros disponiéndose a salir al ruedo» (la cuadrilla). Obra inconclusa del genial pintor Joaquín Sorolla, magnífica de técnica, decomposición y colorido, digna del pincel del excelso artista valenciano

Después de esta obra, ya no nos podrá extrañar su producción marinera de La Malvarrosa, porque toda la luz, todos los grises, rosas y platas, toda la plétora desbordante de claridades que fueron como el «leit-motiv» de su obra eminentemente impresionista, estaban allí expuestos.

Dijérase que sus cuadros eran como ventanas abiertas a la Naturaleza, por donde entraba la luz, el aire y el color, y hasta el calor, de su Valencia nativa.

Honda y racialmente español, ni un solo momento se dejó sugestionar Sorolla por la influencia extranjera. Sorolla fué siempre, y en todo momento, español, dentro y fuera de su Patria. Española fué su pintura en la técnica y en la temática, en la realización y en los tipos, y, claro está, no podía dejar de sentir la atracción poderosa del tema taurino. Recordemos «El brindis de la cuadrilla», los paneles para míster Huntington, en Nueva York; las notas de color de sus apuntes de las Plazas de toros, y aquél, magnífico de composición y colorido, «Toreros disponiéndose a salir al ruedo», que dejó sin terminar, donde la luz que penetra por el callejón o pasillo tiene todas las deslumbrantes coloraciones de aquellas escenas de playa con que cimentó su triunfal carrera impresionista.

En verdad que nos ha satisfecho el dedicar hoy nuestra atención a la figura señera y colosal de Sorolla, detener nuestra ininterrumpida marcha ante su obra, haciendo estación en ella, y sólo hemos de sentir que nuestra tarea de caminantes nos obligue a continuar el viaje cuando tanto tendríamos que decir y tanto que aprender de una obra que alcanzó desde el primer momento verdaderas y auténticas resonancias universales.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

Bonifacio Perea, «Boni»

Manuel Domínguez.—El lance del farol